





Voces desde
el Confinamiento

29 composiciones literarias



I CERTAMEN
DE RELATO TEMÁTICO
ORGANIZADO
POR EL
AYUNTAMIENTO
DE PILAS



I
CERTAMEN DE RELATO TEMÁTICO

Voces desde
el Confinamiento

I
CERTAMEN DE RELATO TEMÁTICO

Voces desde
el Confinamiento
29 composiciones literarias



Ayuntamiento de **Pilas**

Primera edición: Febrero de 2021

Edita: Ayuntamiento de Pilas
www.pilas.es

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española
© Ayuntamiento de Pilas
Plaza del Cabildo, 1
41840 Pilas, Sevilla

© Alba Ruiz Rodríguez, © Carmen Fang Cuartero Cuevas,
© Guillermo Rodríguez Cuevas, © Elena Jiménez Merino,
© José Luis Barbero Ramos, © Silvia Pacheco Lozano,
© Lourdes Martínez Foronda, © Claudia Asensio Sánchez,
© Diego López Carranza, © Ignacio Pineda Muñoz, © César
Fornis Catalán, © Raúl Galache García, © Gonzalo Sánchez
Bernal, © Francisco Javier Real del Valle, © Belén Barrera
Campos, © Soledad Rodríguez Quintero, © André Mejía,
© Mary Paz Valladares Pérez, © Celia Pablos Rodríguez,
© Walden, © Paula Cepeda Castizo, © Pasteliño, © Francisco
Javier Gil Ruiz, © Domingo Cruz Vázquez, © María Soledad
Domínguez Camacho, © Antonia García Cuesta, © Cruz
Camarero, © TinaSu, © Francisco Suárez Mora, 2021

Diseño y maquetación: © Ayuntamiento de Pilas

Impresión: Imprenta Las Baderas

ISBN: 978-84-09-26804-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Coronavirus, confinamiento... Son dos palabras que hasta hacía poco no significaban nada para nosotros. Han traído consigo sentimientos encontrados: miedo y soledad por un lado, esperanza y un nuevo sentido de comunidad por el otro.

Cada uno de nosotros ha vivido estos momentos de una forma diferente. Niños y niñas, personas mayores, madres, padres, estudiantes, personal sanitario, enfermos... nadie ha escapado de su influjo y hay tantos puntos de vista y experiencias como personas poblamos el planeta y, sin embargo, existe algo en lo que sin duda todos estaremos de acuerdo: estamos siendo testigos de un cambio que marcará nuestra vida y nuestra sociedad para siempre.

Con esta antología hemos querido abrir una ventana a los diferentes puntos de vista, emociones y reflexiones que ha generado esta situación. Ya sea en clave de humor o fantasía, con una honestidad que sale del corazón, positivos y esperanzadores o una descripción de la cruda realidad; estos relatos son el reflejo de nuestra sociedad en un momento que, sin duda, pasará a la historia.

Desde el Ayuntamiento de Pilas

hemos querido inmortalizar esta experiencia en un libro que conserve viva la memoria de un instante de nuestras vidas en el que el mundo se paralizó por el miedo y, sin embargo, conseguimos salir adelante entre todas y todos.

José Leocadio Ortega Irizo
Alcalde de Pilas

Índice

Días de confinamiento, por Alba Ruiz Rodríguez	13
La némesis de la naturaleza, por Carmen Fang Cuartero Cuevas	17
Lo que de verdad importa, por Guillermo Rodríguez Cuevas	21
Memorias sobre un confinamiento, por Elena Jiménez Merino	27
Pensamientos durante el confinamiento, por José Luis Barbero Ramos	31
Te lo dije, por Silvia Pacheco Lozano	35
Tic Toc, por Lourdes Martínez Foronda	43
Un arpa en el rincón, por Claudia Asensio Sánchez	47

Un día menos, por Diego López Carranza	53
Un viaje en cuarentena, por Ignacio Pineda Muñoz	59
Una mala película, por César Fornis Catalán	65
Balcones, por Raúl Galache García	69
Corazón inocente, por Gonzalo Sánchez Bernal	73
De homo sapiens a homo COVID-19, por Francisco Javier Real del Valle	79
El mundo de los sueños, por Belén Barrera Campos	85
Estado de alarma, por Soledad Rodríguez Quintero	91
Incluso en el confinamiento hay cosas buenas, por André Mejía Oroya	97
Jaque mate, por Mary Paz Valladares Pérez	101
Las hormigas, por Celia Pablos Rodríguez	107

Lois Lane cae desde lo más alto del edificio, por Walden	113
Memorias del despertar, por Paula Cepeda Castizo	117
Se busca ladrón de primaveras, por Pasteliño	123
Tinta infecta, por Francisco Javier Gil Ruiz	127
Tópicos literarios, por Domingo Cruz Vázquez	133
Voces de un confinamiento, por María Soledad Domínguez Camacho	141
Con sensatez lo conseguiremos, por Antonia García Cuesta	147
COVID-19, el explorador, por Cruz Camarero	153
El cuarto jinete, por TinaSu	157
No todo será igual después del coronavirus, por Francisco Suárez Mora	161

1. DÍAS DE CONFINAMIENTO

ALBA RUIZ RODRÍGUEZ (*PILAS*)

Categoría Infantil

ESTAMOS EN CASA mientras yo cocino masa.

Salimos a las ocho en punto para aplaudir y me pregunto:

—¿Cuándo saldremos?

Llamo a mis amigas y les digo: ¡ya nos veremos!

¡Estaremos aquí muchos días y todos los días llamaré a mis tías!

Por el COVID-19 estamos en cuarentena, y el otro día se apagó la antena.

¡Me aburro como un burro!

¡A mis amigos echo de menos! A ver si el COVID pisa el freno.

El coronavirus empezó en China y no en la mina.

No viajes si no quieres que el virus empiece a jugar.

Lávate las manos para que estemos más sanos.

Quiero ver a mi abuela, a la que le gusta la tela.

Quiero verla, para jugar con ella, también ir a los parques y jugar los martes,

y después de catequesis irme al parque.

Me entretengo con el tengo, tengo,

y aunque nunca gane, siempre vale.

Hago los deberes, y leeré un cuento de eres (*eres: duende*).

Veo Educlan y soy una fan.

Cuando todo esto pase, correré como arrase (*arrase: niño*).

Jugaré y jugaré, aunque no haya té.

Tarde de confinamiento y a mis amigos no les miento.

Videollamadas cogemos y así juntos estaremos.

Con la *tablet* algunos días paso y a veces es un rollazo.

Juego con mis muñecos y así hago ecos.

¡Me lo paso *super mega way*!

A los sanitarios, les dedico un abrazo, por ponernos pinchazos.

A los basureros, por recoger la basura.

A los cocineros, por alimentarnos sin decir ni pero.

A los camioneros, por llevar comida a los pueblos.

A los trabajadores de los supermercados

por atendernos con agrado.
A los agricultores, por dar fruta y flores.
A los ganaderos, por leche y queso que nos dan sin peros.
A la Policía, por ser amiga mía.
A la Guardia Civil, por ser gentil.
A Protección Civil, por celebrar los cumpleaños así.
Al ayuntamiento, por mandar concursos antiaburrimento.
¡Os agradezco a todos, el cariño por nosotros!
En estos días de confinamiento, hago manualidades que funcionan con viento.
Con mi Nancy juego, y me lo paso de miedo.
Escribo aquí, para no aburrir y con mis padres, paso la tarde.
Mi mamá le hizo a la muñeca una manta de lana y una bufanda bien arropada.
La casita de muñecas mientras el COVID pasa, juego en mi casa.
Sshshhshshs, mi madre duerme mientras yo me aburro y me cojo el peine.
Zeta, mi zeta, es la nana que le canto a mi muñeca.
Quiero salir, porque me voy a aburrir.
Dibujo y dibujo y más me aburro.
Y a veces canto, ¡para el llanto!
Resistiré, resistiré y en mi casa me quedaré.

Todo saldrá bien y cuando acabe esto a la calle saldré.

Tarde de confinamiento con mis amigos del cole ¡y no les miento!

Fin.

2. LA NÉMESIS DE LA NATURALEZA

CARMEN FANG CUARTERO CUEVAS (*OSUNA*)

Categoría Juvenil

Y TODO PARÓ. La vida echó el freno de mano de forma inesperada. De pronto los animales recorrían las calles de las ciudades y la música de las discotecas o el rugir de los coches se intercambiaba por sonoros aplausos. Recuerdo cómo se erizaba cada vello de mi cuerpo cuando cantábamos el *Resistiré* del Dúo Dinámico, cómo se nos creaba un nudo en la garganta al ver las noticias, cómo, envueltos en aplausos, se celebraban las altas hospitalarias y con gotas de sudor en la frente, se luchaba por cada persona nueva que ingresaba.

Y es que fue una época en la que todos nos subimos a una montaña rusa con bajadas y subidas que nadie se esperaba, éramos ciegos en un mundo lleno de luz. Pero el mundo aprendió rápido. Aprendimos que no hay que subestimar

a nada ni a nadie, que había que valorar cada pequeño detalle, que no podíamos olvidarnos de nuestros familiares. Los abrazos se intercambiaron por videollamadas, las cervezas en las terrazas por juegos de mesa en familia y los viajes por hacer la compra.

Fue maravilloso formar parte del movimiento solidario más grande de todos los tiempos. Empresas que donaban agua a los hospitales; mujeres, hombres y niños fabricando batas y mascarillas desde sus casas; restaurantes proporcionando comida gratuita para que nadie pasase hambre y hoteles abriendo sus puertas para hospedar a aquellas personas que lo necesitaban. Entendimos que la guerra era nuestra y que, con ayuda de todos, podríamos salir.

El confinamiento sirvió para que nacieran nuevos artistas que pintaron bellos atardeceres desde los balcones, escritores que nos regalaban historias en las que sumergirnos, voces que daban conciertos para los vecinos. Era un «todos para uno y uno para todos». Se crearon iniciativas para que el mundo siguiese deleitándose de música en directo, los museos abrieron sus puertas para inspirar a esos nuevos artistas, todo se movilizó

para avanzar, para avanzar juntos. El ingenio para crear nuevas recetas, para hacer ejercicio o para divertirse viajó de una casa a otra a la velocidad de la luz.

No todo fue malo durante la pandemia, nos volvimos auténticos aprendices de la vida, nos adaptamos a una nueva circunstancia. Y fue así como, poco a poco, la Tierra comenzó a respirar de nuevo mientras los niveles de contaminación iban descendiendo y el verde del campo brillaba y alcanzaba su esplendor.

—Abuela, ¿pero no utilizabais la vacuna?

Por supuesto que no, Pedro, al principio nadie conocía cómo era el virus, ni siquiera sabíamos su nombre y mucho menos teníamos una vacuna con el que combatirlo. Lo único que sabíamos era que teníamos que luchar, ondear orgullosos nuestras banderas y, de este modo, fuimos recuperando la visión en un mundo al que habían apagado la luz y había sido ciego.

Salimos poco a poco a la calle, sobre nuestras cabezas habían sobrevolado sueños, los abrazos se perdían en ganas, y las ganas acababan encontrándose en abrazos. Los besos fueron el tesoro tras una larga búsqueda. Y nuestras lágrimas

hidrataban un planeta que había echado de menos a personas paseando por sus calles, el bullicio de las terrazas y la música de las discotecas, y así, poco a poco, volvimos a recuperar nuestras vidas.

3. LO QUE DE VERDAD IMPORTA

GUILLERMO RODRÍGUEZ CUEVAS (*SEVILLA*)

Categoría Juvenil

ESE DÍA tenía un examen de inglés. Entré a las cuatro de la tarde en la sala y, en ese mismo momento, salió la noticia que todo el mundo esperaba. Recuerdo recoger mi bicicleta para regresar a mi domicilio.

Veinticuatro horas antes, el presidente estableció el cierre de colegios y la noticia alegró a los estudiantes que la esperaban impacientemente desde hacía bastante tiempo.

Muchas dudas surgían conforme me acercaba al final del recorrido. «¿Cuántos días duraría? ¿Podría significar el fin de la sociedad tal y como la conocemos hoy en día? ¿Me impediría alcanzar mis sueños?».

Entré en el garaje y amarré la bicicleta. Me despedí de ella con un poco de pena, porque una de las ventajas que tiene

mi ciudad es que te permite moverte fácilmente en bicicleta y, ahora, pasaría un tiempo indefinido hasta que pudiera volver a cogerla. Justo ahora que empezaba a asomarse el sol todos los días y la bicicleta sustituía al ostentoso *Rolls-Royce* de mi padre, tenía que llegar un dichoso virus que me obstruyera el sendero tan claro que había diseñado: en verano contaría con el carné para poder utilizar mi próximo regalo de cumpleaños.

Conforme pasaban los días de confinamiento, veía más lejana mi meta, porque cada vez las restricciones se prolongaban más y sería más difícil poder inscribirse en una autoescuela. Mientras tanto, también aumentaba el paro y la gente estaba necesitada de alimento.

Al principio me parecían noticias insignificantes porque estaba claro que, con un descenso drástico del consumo, algunos empleos tenían que desaparecer. Pero hubo una noticia que me llamó más la atención: «Los profesores son incapaces de establecer contacto con sus alumnos más desfavorecidos». En ella, se relataba la historia de una madre que se dedicaba a limpiar un edificio de viviendas y que tenía que usar la conexión a internet de su trabajo para evitar que

sus hijos dejaran de realizar las actividades propuestas por los profesores. En el hogar no había más que un dispositivo, y no tenían ningún servicio de conexión a internet. Entonces, me giré hacia el rúter de última generación que habían instalado en mi casa un par de meses antes. «Con esto te descargas una temporada de *La Casa de Papel* en lo que te lavas los dientes», dijo el técnico que lo instaló.

Por unos momentos dudé de lo que había leído. En esa familia solo tenían un móvil cuando yo solito disponía del *iPhone* último modelo, el *iPad* más reciente y un *MacBook Pro* del año anterior que me dio mi padre porque él se había comprado el nuevo. Eso sin contar la *PlayStation*, el *Home Cinema*, el *iPod*, mi estudio de grabación, un *PC Gaming*, y otros tantos artilugios que no sería capaz de nombrar, puesto que no me acuerdo ni de que los tengo.

Anteriormente mencioné que quería ingresar en una autoescuela para poder disfrutar de un capricho que pedí como regalo de cumpleaños. Ese capricho era nada menos que un *quad*. Pero no un *quad* cualquiera. Un modelo limitado cuyo valor ascendía a un número de cinco cifras. Sin embargo, cuando leí aquella

noticia, me di cuenta de que gente como esa necesitaba más de mí.

Normalmente solía dar un billete de veinte euros que me daba mi abuelo cuando pasaban el cepillo en misa. También llevaba un par de kilos de comida cuando había alguna campaña de recogida de alimentos por Navidad, e incluso llegué a donar parte de mis juguetes viejos —aunque la mayoría estaban sin estrenar dado que tenía demasiados— a una asociación benéfica de mi ciudad. Pero en aquel momento me acordé de la historia que cuentan siempre mis abuelos cuando vamos a verlos.

Ellos dicen que si estamos donde estamos es porque mi bisabuelo pudo recibir una buena educación. Mis tatarabuelos eran fruteros, pero vieron que, si se esforzaban y eran capaces de sufragar los gastos de la educación de su único hijo, él viviría una vida más relajada y menos estresante que la de sus progenitores. Por eso él cree firmemente que el motor del progreso social es la educación y, a mí, que los chicos de la noticia no pudieran acceder a la educación por culpa de un virus, me pareció terriblemente injusto. E hice lo que creí conveniente. Porque, a pesar de que no tuve la oportunidad de

disfrutar de ese *quad*, sí que pude ayudar a personas que verdaderamente lo necesitaban. Porque, cuando te das cuenta de lo que de verdad importa, todo lo demás pasa a un segundo plano.

4. MEMORIAS SOBRE UN CONFINAMIENTO

ELENA JIMÉNEZ MERINO (*SEVILLA*)

Categoría Juvenil

SOLO ERA mediados de marzo. Todos los que habían hecho apuestas sobre qué 2020 de cada uno iba a ser mejor, se acabaron ahogando en un vaso de agua fría. Yo tenía la esperanza de que por fin iba a empezar el año con buen pie. Lo que no sabíamos, y no teníamos previsto, es que aquella broma de un virus chino al final nos fuera a afectar a millones de personas. Lo tenía todo calculado. Colegio nuevo, personas nuevas en mi vida, selectividad a la vuelta de la esquina... Me tenía que esforzar y, sobre todo, ponerle ganas, porque buenas carreras necesitan excelentes notas. Todo para nada.

Es triste pensar que aquello que antes no valorabas, como un abrazo, una caricia, un «te quiero» o un simple «buenos días» de un familiar, ahora se convierten en so-

llozos por el hecho de que están en el hospital aislados y a punto de fenecer. Todas las fiestas que España sabe ofrecer como la mejor han sido canceladas. La Semana Santa, la cual es muy importante para los españoles, tendrá que esperar un año más. Este tiempo que utilizamos para intentar ser mejores personas, recapacitar, y confiar en Dios a través de su fe y su amor, resulta que se ha convertido en un tiempo en el cual algunos cuestionan su fe. «Si Dios de verdad nos quisiera, no dejaría que nos pasara esto, ¿no?». El hecho de estar encerrados y aislados nos hace preguntarnos todo.

El mundo está en completo caos. Calles por las que miles de personas pasaban al día, ahora se encuentran desiertas. Los bares que estaban repletos desde las 11 de la mañana porque «ya tocaba la cervecita» se encuentran cerrados. Miles de personas han perdido sus trabajos, la economía está empeorando y deberíamos dar gracias si resulta que el mundo no entra en una segunda Gran Depresión. La Tierra está observando en primera persona la ausencia de lugares para enterrar a las personas. No puede haber entierros por riesgo de contagio y falta de espacio, y ya no se puede ni cremar a nuestros seres queridos.

Es triste, globalmente estamos pasando por un principio de década muy malo, pero hay que tener fe. Todo esto está sucediendo por una razón. Noé no se cuestionó por qué Dios hacía lo que estaba haciendo sin saber que Dios siempre tiene un motivo. Es inevitable la muerte, y tampoco podemos hacer mucho para que todo esto acabe ya. Lo único que podemos hacer es quedarnos en casa y tener higiene. Ninguna raza o religión está libre del coronavirus. Esto, al fin y al cabo, nos ayuda a ver que, realmente, debemos hacer acto de solidaridad y apoyarnos los unos a los otros globalmente. Si en China, por fin, después de dos meses confinados y miles de muertos, han conseguido ganarle a este virus, el resto de nosotros también puede.

Hay que mirar positivamente dentro de lo que cabe. Creo que después de conseguir superar esto e intentar buscar la paz con el fallecimiento de nuestros seres queridos, el mundo se va a convertir en uno mejor. Aprenderemos a valorar más las pequeñas cosas que antes se veían insignificantes, a querernos mejor y a ser empáticos más a menudo. Ya con el confinamiento podemos observar actos de solidaridad hacia otros países donando

mascarillas y materiales sanitarios, así que espero que continúen estos actos una vez fuera de nuestras casas. Todo, al fin y al cabo, sucede por un motivo, por lo tanto, deberíamos valorar este tiempo lo más positivamente posible.

5. PENSAMIENTOS SOBRE EL CONFINAMIENTO

JOSÉ LUIS BARBERO RAMOS (*SEVILLA*)

Categoría Juvenil

SI EN ENERO alguien me hubiera dicho que en marzo y abril y, no sabemos hasta cuándo, íbamos a estar confinados en casa, sin poder ir al colegio, ni mis padres poder ir a sus puestos de trabajo, hubiera pensado que me estaban gastando una broma, que eso no iba a pasar nunca.

Pero ha llegado esa broma y aquí me encuentro, en una situación muy extraña que no es fácil de entender: las calles vacías, los comercios cerrados, solo abiertos los supermercados y los hospitales. Parece una época de guerra. Mi madre dice que, cuando va a hacer la compra, se forman colas en los supermercados y que hay que esperar fuera a una distancia de dos metros de la persona que está delante y que un guardia de seguridad va dando paso uno a uno. Y con mi colegio y todos

los demás colegios cerrados; y sin ver a mis abuelas y a mis amigos.

Todo está siendo muy triste: personas mayores muriendo cada día solos, sin poder despedirse de sus familiares ni sus familiares de ellos; hospitales colapsados con personas en camillas en los pasillos y lugares que parecen hospitales de guerra, o médicos teniendo que tomar la decisión de tener que elegir a cuál de dos personas salvar y a cuál dejar morir.

Y, a pesar de todo, aunque es una situación negativa, no para todo el mundo es igual.

Imagino países de África o de Sudamérica con el coronavirus. Si en un país como España no hay medios sanitarios para esta pandemia, me imagino países como Venezuela. Allí van a morir muchas más personas. Ya vivían mal antes de esta pandemia y ahora va a ser una masacre.

Así que, nosotros, los españoles, no estamos en la peor situación. Si el virus nos llega podemos ir a un hospital donde, mejor o peor, nos van a atender y vamos a recibir ayuda.

Mi madre me ha contado que una amiga suya está ingresada en IFEMA de Madrid y que, aunque está enferma allí,

dice que está muy bien organizado, que tal como llegó le dieron cama en un minuto y que, justo después, llegó alguien para asistirle y le repartieron tulipanes, que a las 20:00 horas suena el himno nacional y todos aplauden y, justo después, suena la canción del «Resistiré» y todo el mundo aplaude. Dice que la atención del personal sanitario y de todos los que allí están ayudando es muy buena. Muchas gracias a todos los médicos y sanitarios, no solo de España sino de todo el mundo. Ellos son los que están en primera línea jugándose la vida. Y, por eso, yo quiero ser como ellos y un día poder ayudar a los demás de la misma manera.

Pienso que somos unos afortunados los españoles, solo por vivir en España, ya que otros ciudadanos de otros países no tienen tanta suerte. Por eso, este virus, aunque ataca a todo el mundo por igual, no es igual para todos. Y pido a los políticos de todos los países, y sobre todo a los de España, que dejen de pensar en sí mismos y en su dinero, y piensen en los ciudadanos, y que hagan el bien para todos.

Y, mientras, que todos ayudemos en lo que podamos. Y que, por supuesto, recemos mucho para que todo esto pase

pronto, y cuando pase, seamos mejores personas, menos egoístas, y que colaboremos para hacer un mundo mejor.

6. TE LO DIJE

SILVIA PACHECO LOZANO (*ESPARTINAS*)

Categoría Juvenil

—¡MIRA, corre, sal!

—Pero...los humanos...

—¡Los humanos se han ido, Z2! Llevan más de una semana ya sin venir, solo viene el viejo bípedo ese, pero ni recoge su cosecha. Lo mismo se han extinguido ya, por fin.

—Pues a mí me caían bien, son muy simpáticos. No sé por qué les tienes tanta manía V24 —le replicó Z2. Z2 entonces dio varias patadas al suelo en forma de desaprobación, era más o menos lo mismo que los largos suspiros que hacían los progenitores terráqueos.

Antes de venir a la Tierra les dieron un curso de comunicación verbal humanoide, por eso sabían lo de los suspiros. No tenían que aprender nada de idiomas, con el nuevo dispositivo que venía incrustado en la piel desde su nacimiento, eran

capaces de comprender y comunicarse en cualquier idioma registrado en su base de datos. De hecho, se había producido el caso de encontrar idiomas nuevos, aunque el dispositivo también se ocupaba de eso, almacenando patrones hasta llegar a formar la plena traducción.

—Venga ya, Z2, no están, podemos escribir «Humanos idiotas» en *krikeriano*. Será divertido observar a uno de esos helicópteros y las caras extrañadas de los investigadores al verlo en sus cosechas.

Sin embargo, los días pasaron y los terrestres que se vestían como si fueran bolsas de plásticos andantes no aparecieron. Esto ya no le resultaba divertido a V24.

—Paso de los humanos Z2. Son unos aburridos. Claro, después de casi 3000 años que llevamos viniendo aquí, ya se han cansado de nuestras sorpresas y señales. Vámonos, ya me he aburrido de *Vuelva*.

—Es Huelva— subrayó Z2.

Esperaron media hora para que su transformación en una apuesta mujer y un hombre lozano se completara y cogieron el coche.

—Qué cacharro más horrendo,

estos seres no saben apreciar la verdadera carrocería.

Para V24 los adultos eran seres inferiores en todos los sentidos. Nunca entendió cómo siendo su planeta natal y la Tierra tan parecidos la evolución terrestre se torció tanto. ¡Pero si ambos tuvieron dinosaurios! Además, están obsesionados con su Dios. Para colmo, habían desarrollado maquinaria que los destruiría a ellos y al planeta entero. ¡Pero qué cabezotas! ¿Por qué no creaban algo menos dañino, menos tóxico? ¿Por qué no corregían sus errores? Sin duda alguna, los hombres eran inferiores.

No obstante, Z2 estaba enamorado de la Tierra. Había tantas cosas que aprender, tantas cosas por descubrir. Tenían el arte, arte milenario de todas las formas y colores. Había cuadros, esculturas, la escritura, ¡madre de todos los *krikerianos*! Ese era su aspecto favorito de los humanos. No tenían que ser unos fríos calculadores como ellos, sino que podían ser lo que quisieran.

Los humanos eran seres creadores, sus sueños estaban empapados por todos lados, literalmente. Los *krikerianos* estaban dotados de un sentido que los humanos debían intuir, sin embargo, ellos lo

notaban físicamente. Era algo parecido al aura que los terráqueos aclamaban. Podías percibir sus sueños, sus temores, su alegría... Lo percibías sin saber su causa.

Se montaron en el coche, pusieron una dirección aleatoria y escucharon un poco de música.

—*Bueno... ¿es la hora de escuchar a algunos de nuestros oyentes! Escucharemos la historia curiosa de Elena, de Valencia. Elena cuéntanos, ¿qué tal la cuarentena?*

Hubo un pequeño silencio y entonces se oyó una voz aguda, un poco nasal, que no sabía pronunciar.

—*Telible, muy telible. El colonavilus no me gusta, pero nada, nada, nada.*

Ante la naturalidad de lo que intuían que era una cría humana, los adultos soltaron una carcajada. V24 sonrió. Le encantaban esos pequeños seres. Los adultos no eran graciosos, pero los pequeños eran tan puros, tan sinceros... No entendía por qué empeoraban. La edad temprana (adolescencia la llamaban) para él era una de sus mejores fases. Seguían conservando esa naturalidad, pero tenían sueños, pasiones, te incluían en sus aventuras sin pensarlo dos veces y te hablaban de cambiar el mundo y mejorarlo, como

V24 había dicho tantas veces. Z2 se percató de una palabra que repetían constantemente en la radio:

—Un momento, ¿qué es eso de la *cuarentena*? ¿Y lo del *culonavilus*?

Abrió el buscador y les mostró textos, imágenes, vídeos... Todo tipo de datos. Durante todo el trayecto se informaron y comprendieron que el mundo se había parado por completo. Aunque a V24 no le gustaran los adultos, sintió cierta tristeza por los seres más indefensos: esos viejecitos que les acompañaban cuando andaban, les contaban historias, les ayudaban...

Casi no se dieron cuenta de que el motor había parado.

—Hemos llegado a *Hebilla*.

—Es Sevilla, V24— le corrigió Z2.

Pensaron que quizá en la capital más cercana habría más gente. Además, era una época en la que sacaban estatuas grandes y adoraban a su Dios, pero las calles estaban vacías y supieron que esto era más grave de lo que pensaron al leer los artículos. Fueron pasando por las calles sin cruzarse con nadie, hasta que...

—¡Illa Loli! ¡¿Tú te crees que esto es normal?! ¡Mira a los sinvergüenzas es-

tos paseando como si fuera Marbella!

Una ventana se abrió inesperadamente y una cabeza se asomó, dirigiendo sus ojos a los *krikerianos* que ahora parecían extranjeros.

—¡Chocho! ¡Que nosotras no estamos encerradas *pa'* que ustedes podáis pasear!

Pronto se le sumaron voces de diferentes pisos. Z2 estaba ensimismado ante ese comportamiento, pero V24 pensó que eran una amenaza, ya que las autoridades podrían detenerlos, cosa que les causaría un grave problema.

De los balcones salía un sentimiento conjunto, un sueño inundado de creatividad y solidaridad: los terrestres se habían comprometido a vencer esta batalla juntos.

—Quizá... — cogió aire y lo soltó— quizá los humanos no sean tan idiotas como pensaba— admitió V24. Realmente, sentía una curiosa admiración ante ellos, pero no lo diría jamás en voz alta.

Z2 se giró hacia él, inspiró fuerte y al fin pudo decir algo que llevaba mucho tiempo guardándose:

—Te lo dije.

Y el *krikeriano* no pudo evitar sentirse más humano que nunca al sonreír sabiendo que

tenía razón, que los humanos eran seres maravillosos y que solucionarían cualquier contratiempo que les pudiera surgir.

7. TIC TOC

LOURDES MARTÍNEZ FORONDA (SEVILLA)

Categoría Juvenil

ME TUMBÉ en mi cama, después de otro día igual que los veinte anteriores a este. Al cerrar los ojos, presté atención y escuché, *tic toc tic toc...* Giré mi cabeza hacia mi derecha, allí, en mi mesilla de noche, se encontraba mi reloj. Fue en ese momento en el que cerré los ojos, me concentré en el sonido y me dejé llevar por la corriente de mis pensamientos.

Si nos paramos a mirar un reloj de cerca, podemos ver que hay tres agujas, la que marca las horas, los minutos y los segundos. Esto puede parecer algo obvio, sin embargo, si te preguntara ¿cuáles son las manecillas que más miras? La mayoría de las personas dirían la de las horas y los minutos, pero ¿y por qué no el segundero? Tal vez porque va tan rápido que ni le damos importancia.

Durante estos días de encierro me he dado cuenta de que nuestra vida es igual, pasa tan rápido que no le damos importancia. Entonces llega un momento en el que te paras, miras atrás y te preguntas ¿en qué momento he dejado de ser el protagonista, para pasar a ser un simple espectador en mi propia vida?

Cuando miramos una serie en televisión a menudo hay anuncios en medio de un capítulo, antes pensaba que era totalmente molesto y desesperante que me dejaran con la intriga de lo que iba a pasar a continuación. Sin embargo, ahora he cambiado totalmente de parecer. La mayoría de las veces estamos tan metidos y enganchados que tan solo devoramos la serie, sin fijarnos y pensar en los capítulos de forma individual. Sin pensar en qué ha pasado, qué va a pasar o qué nos gustaría que fuese a pasar. Pienso que eso es justamente lo que está sucediendo, estamos en el tiempo de los anuncios de nuestra vida, donde nos toca sentarnos a esperar y comenzar a reflexionar sobre qué dirección ha tomado nuestra vida, e incluso aún más importante, preguntarnos a dónde queremos ir.

Siempre he oído decir que no podemos quedarnos estancados en el pasado,

pues si no nos perderemos el futuro. Sin embargo, ¿por qué no mirar nuestro pasado para ver qué nos depara el futuro? Quisiera saber qué porcentaje de la población, al llegar a la cama por la noche empieza a pensar en todo lo que ha hecho en el día, en vez de pensar en qué va a hacer mañana. Yo misma me declaro culpable de cometer esta acción de manera muy habitual. Pero ahora me doy cuenta de lo erróneo de esta perspectiva.

En aquel momento volví a abrir mis ojos, sin saber cuánto tiempo había estado absorta en mis pensamientos. Al mirar a mi alrededor, todo parecía exactamente igual a hace unos minutos, pero algo se sentía diferente.

Volví a girar mi cabeza hacia ese sonido, fue entonces cuando presté atención a esa manecilla olvidada, es tan fina y rápida que apenas la ves si no le prestas atención, pasa desapercibida. Me levanté de mi cama, dispuesta a darle al *play*, para dejar de ser un espectador y volver a vivir la serie de mi vida.

8. UN ARPA EN EL RINCÓN

CLAUDIA ASENSIO SÁNCHEZ

(SAN JOSÉ DE LA RINCONADA)

Categoría Juvenil

ME PREOCUPABA la idea de que cancelaran las clases e impusieran el confinamiento. Era como ver una gran nube gris que se va acercando, por lo que sabes que, aunque no te lo haya dicho el meteorólogo, no tardará en llover, pero, a pesar de que la ves aproximarse, no puedes evitar mojarte, porque te encuentras en medio de un descampado, sin paraguas.

Esa misma noche, el Ministerio confirmó mis temores. La información que acababan de transmitir las autoridades me había humedecido las entrañas. No solo era la orden de tener que mantenernos confinados en las próximas semanas, sino las calamidades que estaba causando la pandemia en todo el país. Deseé que todo esto fuera una pompa de jabón, que, con tan solo un leve toque, ya

no vuelve a ser pompa porque se ha desintegrado.

No sabía qué hacer, aquel enemigo invisible se había colado en mi vida sin permiso. Nadaba en un mar de desconuelo donde las olas eran los problemas que volvían una y otra vez sin solución. Y aquella pesadumbre, como la sal que reseca la piel. Los utensilios de cocina sin fregar se amontonaban en el fregadero, como los libros sin leer. Había que hacer algo. Podía abandonarme en ese mar a la deriva, o salir a flote. Opté por esta última y fue la cita de Baltasar Gracián la embarcación que me rescató de las aguas. Esas palabras tuyas de «*no hay mal que por bien no venga*» me sugirieron que había la posibilidad de que, detrás de toda esta crisis, se escondiese algo que estaba esperando ser encontrado, y que era la humanidad, cada persona, la que tenía que emprender su búsqueda.

Quizá fuese como el arpa del que nos habla Gustavo Adolfo Bécquer en su poema *Del salón en el ángulo oscuro*, olvidado, cubierto de polvo, esperando a que el talento se despierte del alma y pueda ser tocado.

No dudé en que debajo de las dificultades que estábamos atravesando,

también subyacía un arpa. Pero un poco diferente al de Bécquer, porque para tocarlo no se tiene que despertar el talento del fondo del alma, sino la aflicción de la profundidad del corazón.

La melodía que saldrá del arpa, cuando haya una mano que descansa sobre sus cuerdas, estará compuesta por notas de bondad, solidaridad y generosidad, pero si además son muchas las manos que producen sonido, se formará una gran orquesta en la que todos tocaremos a compás, y la bondad, la solidaridad y la generosidad resonarán aún más fuerte. Pero para poder encontrar el instrumento, tenemos que deshacernos de las cadenas que nos limitan y no nos permiten salir a caminar y emprender la búsqueda.

No son las paredes las que te privan de libertad y te hacen preso, sino el tiempo. Las cadenas son las manecillas del reloj, pues, en función de los números a las que estas apunten, dependerá lo que hagamos en ese instante.

Podíamos considerar el confinamiento como el momento idóneo para hacer el cambio en nuestras vidas o dejar que se oxidase el reloj y avivasen los sentimientos más sinceros latentes en la conciencia. No es incompatible un horario

con las emociones, pero sí resulta compleja su compaginación, pues en ningún horario tienen cabida unas horas durante las cuales la única actividad que haya que realizar sea salir a la ventana y sonreír al vecino que pase en ese momento por la acera, al que se encuentra en el balcón de la casa de enfrente, o incluso al que está sentado en la azotea. Además, al estar sometidos a unos tiempos tan rígidos, tendemos a olvidar lo que realmente dota de sentido a nuestra rutina: amar a los que están con nosotros. El estrés del día a día y la presión de las horas, se apoderan de los sentimientos más humanos que nos distinguen como personas, por eso, sigue adormecida la aflicción en las entrañas y no podemos tocar el arpa.

No obstante, la cuarentena nos está abriendo un camino, nos está dando la llave necesaria para abrir el candado que nos ata a las cadenas. Estos cuarenta días nos están haciendo valorar la trascendencia de sonreír, de querer a las personas, de ayudar al que lo necesita, de empatizar con el que lo está pasando mal. Son estas las notas que conforman la partitura que hay que entonar con el arpa. Cada vez estamos más cerca de posar las manos en sus cuerdas, pues ya hemos

incorporado en nuestro horario la labor de salir al balcón, aplaudir y curvar los labios cuando se crucen miradas.

Esa es la hora en la que tocamos el arpa que antes estaba oxidado en un rincón porque nadie se acordaba de él. La solidaridad está traspasando los balcones y el amor los corazones.

En definitiva, después de las dificultades que se están atravesando, se valorará más la compasión, los besos y los abrazos. Un abrazo no será únicamente un gesto que la obligación te hace dar y no apreciar, como dice Calderón de la Barca en una de sus frases célebres («¡Ah qué abrazo tan ruin el que la necesidad hace dar, y no sentir!»), sino una manera de cuidar el alma.

9. UN DÍA MENOS

DIEGO LÓPEZ CARRANZA (SEVILLA)

Categoría Juvenil

QUERIDO DIARIO,

Una vez más me dirijo a ti para contarte qué tal me ha ido el día de hoy.

Bueno, aquí en el hospital parece que la cosa se suaviza, cada vez son más los enfermeros que vienen a visitarme, dibujándome una sonrisa. Algo bueno debe estar pasando.

Tras el desayuno, mi doctora me dice que uno de los bichitos se ha ido. No sé cuál de los dos, pero me da igual, algo es algo...

Mi madre está muy contenta, o al menos eso parece en las videollamadas semanales que hago con ella.

Al parecer, mi vecino está muy angustiado, y eso que tiene 50 años por lo menos. No lo entiendo, yo estoy muy bien aquí, aunque hay días en los que noto

algo de dolor, pero estoy acostumbrado, son ya varios los meses que llevo en este apartamento.

Hoy, querido diario, estoy triste, porque aquí la vida sigue, y me acaban de comunicar que el año que viene no podré cursar primero de Bachillerato en los EE.UU. Era mi sueño y estoy desolado.

Al parecer, todo es culpa del «bicho». Rápidamente le pregunto a mi enfermera de confianza, Sara, si ese bicho que me impide vivir mi gran experiencia es el mismo que ya he pasado. Con una sonrisa, me dice que no. No lo entiendo. ¿Está feliz porque todavía lo tenga?

Al ver mi cara extraña y de tristeza, me comenta que he pasado el peor de los dos, el más temido, el cáncer. Nunca quise saber qué me pasaba, prefería llamarlo «bicho».

Es curioso, tenía entendido que el bicho malo, el que nos puede destrozar de una vez la vida, era el cáncer y, sin embargo, mis defensas lo han derrotado para siempre, porque ya no volverá. Era este el bicho que más temía que pudiera arrebatarme mi gran sueño, pero no, parece ser que el que está causando estragos en mi vida es el otro.

Estoy feliz-triste, tal y como dice

mi hermano pequeño. Según Sara, he vencido al bicho más malvado, pero, por otra parte, sé que no viviré la experiencia de mi vida por culpa del otro, el que sigue habitando dentro de mí. Sé que voy a conseguir expulsarlo, ya que, como Sara, son muchos los sanitarios que diariamente me ayudan y están encima de mí.

Los días son muy largos, en ocasiones desesperantes y no paro de hacerme preguntas. ¿Cómo puede un bicho microscópico, de un día para otro, romper tu sueño, hacerte pasar del todo a la nada, de las luces a las sombras?

Busco respuestas sin éxito, nada me consuela y desisto, estoy cansado, me fatiga buscar respuestas que no llegan.

Quizá, por mi juventud, no me toca hacerme estas preguntas ni buscar soluciones inexistentes.

Ah, ¿aún no te he contado que me apasionan las Ciencias? Pues sí, llevo media vida intentando cultivar una mente matemática y, probablemente, este sea el motivo por el que nunca me doy por vencido y no paro de buscar soluciones.

Pero, la verdad, creo que este no es un momento para las Matemáticas sino para las emociones. De nada me sirve seguir buscando vectores que me lle-

ven a una solución distinta a la que me ha provocado este bicho.

Se llevan a mi vecino al apartamento contiguo. No tiene buena pinta. Está claro que cada persona es un mundo. Mis problemas en él serían inapreciables. Aunque las situaciones concretas que cada uno atraviesa no son magnitudes comparables. Es cierto que este bicho está causando un dolor infinito e irreparable en muchas familias y no sería justo quejarse en mi situación.

Mi mente matemática está dando paso a mis emociones y siento que nada acaba hoy. Donde había sombras empiezo a ver luces, me he dibujado la sonrisa de Sara, siempre agradecida, nunca un mal gesto. Y sí, voy a pensar en positivo. A partir de ahora, todas las tardes a las ocho, mis tinieblas se convertirán en aplausos, mi tristeza en esperanza para los que están mucho peor que yo. Esa será mi «guerra», porque con aplausos se genera una solidaridad invencible.

Querido diario, si te estás preguntando qué será de mi sueño arrebatado, no te apures. Soy consciente de que este bicho me ha quitado una de las cosas que más deseaba, solo una, pero no te quepa duda de que venceremos, a este y a todos

los bichos que vengan a por nosotros. Podrá haberse llevado una parte importante de mi vida de hoy, pero ya estoy fabricando otras ilusiones y sueños renovados.

Esto no ha hecho más que empezar, apenas me ha ganado un asalto, pero la pelea sigue...

Mañana hablamos.

10. UN VIAJE EN CUARENTENA

IGNACIO PINEDA MUÑOZ (SEVILLA)

Categoría Juvenil

SÁBADO 11 de abril de 2020

Hoy me he levantado con la misma sensación con la que llevo estos dos meses: «Veinticinco años, y sigo aquí encerrado. ¡Debería estar viviendo de verdad!».

Me dirigí a la cocina, como cada mañana, para tomar el desayuno, y allí me encontré sentado, en actitud pensativa, a un señor. Tenía alrededor de 60 años y se parecía mucho a mí. Es más, era idéntico a mí.

—¿Sería yo? No puede ser, ¿no?
—me pregunté.

Sin que me diese tiempo a reaccionar, abrió la boca para decir sus primeras palabras:

—Tranquilo, no te preocupes.
En cualquier otro momento, hubiera co-

gido algún instrumento de la misma cocina para intentar echar al individuo de mi casa, pero fui incapaz. Aquel individuo ¡era yo! Tenía esa corazonada.

Acto seguido volvió a abrir la boca para decir:

—No temas, vengo del futuro. Estamos en el 2020, ¿verdad?

Yo no pude contestarle con otra cosa que con un rotundo «Sí», y no pude evitar preguntarle quién era él.

Tras decirle esto, él me dijo que era yo, pero venido del 2060. Me preguntó que si tenía algo de tiempo para que me explicase todo, y yo, todavía aturdido, le dije:

—Claro, todo el que tú quieras. Total, no tengo nada que hacer, aparte de ir a comprar el pan.

Tras esto, él me dijo:

—Bien, pues toma asiento, por favor. Te voy a contar algunas cosas.

Empezó advirtiéndome de que no me podía contar todos los detalles por aquello de la «paradoja del viaje en el tiempo». He de admitir que yo tampoco sabía de qué se trataba hasta que lo busqué después de aquella charla. Se supone, que si tu viajas en el tiempo y realizas una acción, esa acción tendrá sus respectivas

consecuencias en el futuro.

Después de aquella advertencia, me empezó a contar...

Lo primero que me dijo es que había conseguido aquel trabajo como investigador en la Universidad de Harvard con el que tanto había soñado desde que era un crío, y que, gracias a eso, él estaba aquí. Pertenece al grupo de los pioneros del viaje en el tiempo de esa universidad, y él era la primera persona que viajaba en el tiempo de todo el mundo. Me quedé fascinado. Pero más aún cuando me dijo el motivo por el que había venido exactamente a ese preciso lugar. Él me contó que recordaba ese momento de confinamiento como el momento en el que le cambió la vida para siempre.

Justo había acabado la carrera de física cuando vio de frente la realidad, y se dio cuenta de que en su ciudad ese sector no estaba muy evolucionado, por lo que, en vez de tirar la toalla, contactó con su profesor de física cuántica de la universidad, y le pidió que le dirigiera la tesis.

Me estaba quedando alucinado. Me estaba contando la situación por la que estaba pasando yo durante esos días con una verosimilitud increíble. Todo,

excepto que todavía no había pensado contactar con mi profesor de la Universidad, ya que tenía pensado dejar la física y dedicar mi vida a otra cosa, visto que esa ciencia no tenía ningún tipo de futuro laboral.

Me dijo que para él la cuarentena fue un tiempo de recapacitar sobre la vida y decidir qué rumbo darle a esta para tener un futuro mejor, ya que, al final, si luchas por tus sueños, estos acabarán convirtiéndose en realidad.

Tras unos intensos 20 minutos de diálogo, me dijo que me quedase con una idea:

—Al final, lo que importa de verdad, es ver las cosas malas desde un punto positivo.

Me dijo que en las cosas fáciles, todo es muy sencillo y todo el mundo es capaz de hacer cualquier cosa, pero lo que de verdad marca la diferencia, es ver las cosas malas de manera positiva, porque es en esas situaciones donde todo el mundo abandona y eres tú el que debe estar ahí, como él hizo durante su confinamiento, buscando qué era lo que de verdad le importaba.

A la media hora exacta me dijo que tenía que volver para que no lo diesen por

muerto. Y, tras decirme adiós, se metió en el baño, cerró la puerta, y en un instante noté que había desaparecido. Abrí la puerta del baño y, efectivamente, él se había esfumado.

Me sentía con una sensación extraña, algo que nunca había experimentado antes, pero, ante todo, lo que más me llenaba eran las ganas de trabajar de nuevo.

Llamé a mi profesor y, tras esa llamada, todo cambió...

11. UNA MALA PELÍCULA

CÉSAR FORNIS CATALÁN (*SEVILLA*)

Categoría Juvenil

A MARIO le gustaba mucho la ciencia ficción y los libros del espacio, pero, sobre todo, lo que más le entusiasmaba, eran las películas de estos géneros. Sin embargo, nunca pasó por su imaginación lo cerca que iba a estar de verse inmerso en el argumento de una de ellas.

A las tres de la tarde de un viernes soleado, la gente se agolpaba en las terrazas de las avenidas, se oían voces y risas. Era el prelude del fin de semana y mucha gente se reunía antes de irse a disfrutar del buen tiempo en la playa o en el campo. Nada parecía presagiar que pasaría mucho tiempo, quizá meses, hasta que esa escena tan habitual se pudiera repetir. Aquel fin de semana fue diferente a todos los demás: primero comenzó con el anuncio de que a partir del lunes las clases quedarían suspendidas de modo indefini-

do, para continuar con otra noticia peor, el confinamiento dentro de casa de los ciudadanos, incluidos los niños; esto significaría la imposibilidad de salir a hacer deporte y a visitar a amigos o familiares. Eventos como la Semana Santa o la Feria de Abril fueron suspendidos.

En el argumento de esta hipotética película se produjo en ese momento un retroceso en la línea temporal, una vuelta al origen, con noticias aisladas en los informativos sobre un virus que estaba atacando a la población a más de 8.000 km de distancia del lugar en el que se encontraba Mario. La gente que veía la noticia compadecía a esas personas, pero sin que su vida se viera afectada. Las autoridades dieron los siguientes consejos y mensajes tranquilizadores: la gente se debía lavar bien las manos, ya que eso evitaría el contagio y, en el caso extraño de que se produjera este, nos afectaría como una simple gripe; las personas que correrían peligro serían las mayores o las que ya tuvieran enfermedades previas.

En la película falta el desarrollo, la transición, cómo se pasa de estar sentado en una terraza en una avenida a tener que estar encerrado en casa de un día para otro. En el domicilio se quedaban reclui-

das todas las personas, no solo las enfermas, ya que no se sabía a ciencia cierta si alguien lo estaba o no; este detalle le da intriga al presunto guion y mantiene el suspense al abrir múltiples opciones, como padecer la enfermedad, ser asintomático, pero transmitirla, o no tenerla. La trama se iba complicando...

Pasaron los días y los ancianos, la parte de la población más vulnerable, estaban muriendo en las residencias y sus cadáveres no se podían recoger porque las funerarias no daban abasto con la cantidad de fallecidos que se les acumulaban. En ese momento, la película se estaba convirtiendo en gótica y el guionista debía dar un giro al guion.

Igual que se declaró el confinamiento, el giro del guion llegó con el anuncio de que paulatinamente se volvería a la normalidad, a pesar de que los casos persistían. Al guionista le faltaba algo, resolver el final de la película; o quizá había pensado en una película de una saga en las que tiene que haber un final abierto porque posteriormente se rodarán secuelas.

Los casos no han desaparecido en todo el territorio, pero la población está feliz. La película acaba, pero que tenga

un final feliz real depende de todos, de que mantengamos la llamada «distancia social» con las otras personas, nos lavemos las manos, utilicemos guantes y mascarillas y, lo más importante, que tengamos paciencia hasta que se encuentre una vacuna que impida que nos afecte esta enfermedad.

Hagamos que este mal guion tenga un buen final, siendo conscientes de que el mundo puede cambiar, de que es mejor prevenir que curar, y de que debemos invertir más en investigación. No podemos consentir que el mundo, nuestra vida, se detenga por un virus. No sería propio de una civilización desarrollada como la nuestra.

12. BALCONES

RAÚL GALACHE GARCÍA (*MADRID*)

Categoría Adulto

ELLA HABÍA LLEGADO al barrio tan solo un par de semanas antes. Tal vez por eso él no la había visto hasta entonces, aunque tampoco paraba mucho en casa. Los separaban unos quince metros de aire, el que distaba de un balcón a otro en las calles estrechas del barrio viejo. Fue en los días del confinamiento contra el virus cuando se vieron por primera vez. A las ocho de la tarde, la ciudad se asomó a las ventanas para aplaudir a los héroes que mantenían latente el agónico pulso del mundo.

Recortada su figura a contraluz, le pareció una Venus nacida del balcón. Le alegró, para qué negarlo, verla sola y no acompañada de un maromo vulgar, aunque lo cierto es que era un poco estúpido pensar en ligar ahora que la prohibición de salir de casa era tan severa. Lo que fue iniciativa de un día se instituyó

como costumbre los siguientes y, así, a las ocho, allí estaban los dos de nuevo.

—¿Profesora? —, se aventuró a decir él inteligente, intuitivo.

—¿Cómo?, ah, sí —, respondió ella aparentemente sorprendida mientras señalaba al cartel pintado con ceras que había colgado en su balcón: «*todo va a salir bien*» y un arco iris.

—¿Del Atleti? —, casi afirmó ella señalando la bandera que él había colocado de un lado al otro de su barandilla.

— Sí. ¡Partido a partido!

A la hora del balcón, ella cambió el chándal por la falda de tubo, y él, el forro polar por el jersey de punto. Las frases cortas fueron alargándose y las horas del día ya no se dividían en AM y PM, sino en antes o después de las ocho. Y así, como el agua que al final halla su camino, se intercambiaron los teléfonos cuando ella le confesó que nunca le había cogido el punto a la bechamel. De las recetas a los vinos y de los vinos a las clases de ella y de las clases de ella al diseño de casas inteligentes de él y del trabajo de él a las vídeollamadas, «*espera que por el vídeo lo ves mejor, no vaya a ser que se te queme..., ¿no te importa?..., será por tiempo, mujer..., cómo te*

lo agradezco..., yo encantado».

Fueron los días de la quietud y el silencio, de un mundo a ralenti atrapado en una ficción, un paréntesis en la realidad y la historia. Las palabras susurradas, los cuerpos enmarcados en la pantalla, las caricias deseadas, los besos anhelados, las confesiones de esto nunca se lo he contado a nadie, me gustas, te deseo, creo que te quiero. *«El mundo se desmorona y nosotros nos enamoramos»*, le susurró ella una noche; *«los alemanes vestían de gris y tú de chándal»*, replicó él.

Las noticias pronosticaban el fin del encierro. La cuarentena había pasado sus cuarenta días y quinientas noches y podía llegar a su fin. *«Y nos tocaremos, y nos besaremos, y oleré tu pelo y tendré el sabor de tu boca en la mía»*. *«No, no en futuro»*, dijo él, *«que sea hoy, que sea esta noche»*. *«Está prohibido salir...»*. *«A la una de la mañana, voy a tu casa»*, dijo exaltado. *«No, no, aguantemos»*... El deseo se había hecho tan grande que roía el aire entre los balcones.

Al día siguiente anunciaron el fin del aislamiento. La ciudad recobró su ritmo una mañana como el enfermo que sale a la calle después de una larga convalecencia, con la misma sensación de flácida

felicidad. Él, al acabar en la oficina, fue a tomar una cerveza con Luisa, la nueva secretaria a la que había echado el ojo su primer día, un poco antes de la reclusión. Ella añoraba las clases y por la tarde se enfrascó en la lectura de unas redacciones sobre los días del confinamiento. Las apreciaciones de los niños, el olor de Luisa, su sonrisa, las honduras insólitas de la infancia. Cuando miraron el reloj —él aún en la cafetería, ella frente a las hojas de cuadros— habían pasado las ocho de la tarde.

Se encontraron un mes después en el supermercado. Ambos, con cierto apuro poco disimulado, miraron al suelo y él fue a por el vino blanco que tanto le gustaba a Luisa y ella a por la leche desnatada que siempre se le olvidaba coger. «*Anda que... cómo creí yo que...*», iba pensando ella mientras volvía a casa. «*Si ganamos mañana, el Atleti se lleva la Champions esta vez*», pensaba él. A las ocho, el aire entre los balcones era cálido, casi pesado, con un cierto aroma a la espesura del verano.

13. CORAZÓN INOCENTE

GONZALO SÁNCHEZ BERNAL (*PILAS*)

Categoría Adulto

HOY TE HABLO como un pajarillo, prisionera por mis desvelos, por mis sueños, por quererte como te quiero, porque presa de tus cosas vivo y sin ellas vivir no quiero.

No son barrotes los que me sujetan y, si quisiera escaparme, volando sé que puedo, pero prefiero vivir entre rejas y cantarle al viento, así mi canto daría la vuelta al mundo entero.

Y, sin embargo, entre rejas vivo y, al cantar, pido fuerzas más miles de gracias a nuestros carceleros, a esos superhéroes que nos devuelven la esperanza en este maldito infierno, para pronto poder sentirme libre y volar como un jilguero.

Volar, total, *¿pa' que? Pa' ná,* ¡mira tú al final! Si ni siquiera el aire fuera de esta jaula nos puede ayudar. Con solo seis primaveras y ni siquiera mis alas

puedo estirar.

A la caída del sol, salimos al balcón, alzando nuestras palmas en forma de canción. Y canto, y canto, y canto desde mi rincón, le canto a mi mundo lo que quiero yo, que *pa'* cantarle a mi gente no me tiembla la voz.

Y yo encerrada en mis adentros, sin poder aguantar más, le pregunto: «*Papá, ¿cómo sueño con la libertad?*».

Mientras seguimos encerrados, unos buscan la emoción para poder animar. Yo busco una salida tomando tus medidas.

Tú poniéndome tu sonrisa. Yo lamiendo tus heridas.

Tú enseñándome lecciones de vida. Y tu sabiduría jamás podré olvidar.

Tú ofreciéndome hasta tu piel, ligada con tus huesos, esperando ese regreso y temiendo que no pueda regresar...

—Dime tú, padre, ¿qué es la libertad? ¿Cómo abrazo otro olor?

¿No habrá otros labios para que estas mejillas vuelvan a sonrojar?

¿No habrá más cariños de un corazón con canas y arrugas, que siempre alivian mi pesar?

Deseo que me regañes por las mañanas, y ese desayuno con prisas porque

tarde vamos a llegar. «¡Vamos niña de mis entrañas, date prisa y ayuda a mamá! Viste a tu hermana y coge tu mochila, que nos vamos ya...».

Necesito lo que necesito, que no se te olvide lo que te pido, que no te pido más ná...

Explicame, ¿cómo describo la palabra libertad? Dime lo que es *pa'* ti, que solo la vi en tu boca gritar. Dime si por ella están luchando o debemos luchar. Y si solo es nuestra o también es de los demás. Si por ella se debe morir, o por ella se debe cantar. Porque de ella quisiera aprender, para mis alas poder estirar. Pues necesito ver a los míos y que ellos me hagan rabiar. Volver con mi maestra y con mis amigas jugar a jugar.

Que me abracen de nuevo esas manos temblorosas, que para ellos somos la mejor de las medicinas que se les puede recetar.

Dime papá, ¿no vamos a ir más a la playa? ¿Qué castillo de arena tenemos que destrozar? Es nuestro paraíso, me lo prometiste, que ningún año íbamos a faltar. ¿Por qué faltas a tu promesa? ¿Es que en tu palabra no puedo confiar?

Dime si me mientes cuando me hablas de la libertad.

—Escúchame, hija, libres son las estrellas, libre es la luna. Y libre es un sueño de cuna, cuando una nana te da las alas para poder volar.

Libres son las mariposas que con una chispa de magia tienen otra oportunidad.

Libre es la arena de la playa, que ni el viento siquiera la puede dominar. Y libres son las benditas olitas del mar.

Libre es el mismo viento, que con un solo soplo de aliento despierta a la humanidad.

Libres somos los hombres, que no escribimos con sangre la palabra libertad.

Libre es la paloma que por los cielos vuela, intentando repartir la Paz.

Libres son los latidos de una madre, que por infinita que sea la distancia, te ama sin cesar.

Los cielos, libres *pa'* siempre, que aunque los encarcelen tormentas, siempre vuelven a escampar.

Hay tantas cosas libres, que por mucho que te explique aún no entenderás...

Solo quiero que sepas que la libertad está en nuestros sueños y con nuestras manos la podemos alcanzar.

Píntame un arcoíris, mi niña,

sonríeme una vez más, y no te preocupes, mi princesa, que pronto tus cantos se harán realidad.

Ahora lo que importa es lo vivido, que ni en sueños lo podríamos imaginar.

Juntos en la misma celda, donde no existirán batallones que derroten nuestra felicidad.

Y sigue siempre así, que nadie te haga cambiar, que solo con corazones como el tuyo, alcanzaremos la libertad.

14. DE HOMO SAPIENS A HOMO COVID-19

FRANCISCO JAVIER REAL DEL VALLE (PILAS)

Categoría Adulto

SOY UN CUERPO CELESTE llamado Tierra, tengo ya unos añitos y funciono como un organismo. A lo largo de mi vida he pasado por infinidad de circunstancias diferentes propiciadas por las fuerzas e interacciones a las que estamos sujetos los diferentes cuerpos que componen el cosmos, mi hábitat. Nuestra existencia depende del equilibrio que mantengamos entre todos, y esta es la razón principal por la que en cada momento analizo mis decisiones, con el fin de afectar lo menos posible a los demás y que así todos podamos coexistir.

Como todo cuerpo, estoy compuesto por materia, y esta encierra una amplia cantidad de diferentes componentes de distintos tamaños que reaccionan entre sí con un fin existencial.

A lo largo de mi vida, he ido evolucionando y creando diferentes estructuras dentro de mí, dando sentido a mi vida y creando una red de sistemas con los que mantengo mi propia homeostasis y equilibrio.

Para ello, durante mi evolución, he creado mi sistema hídrico, mi sistema respiratorio, tejidos epiteliales y orgánicos y, por supuesto, mi propio sistema de defensa, al que llamo Sistema Inmunológico.

En estos momentos estoy en una situación realmente triste y enfadada y mi Sistema Inmunológico ha tomado una determinación sobre la actuación de una de mis colonias celulares: el ser humano.

Este patógeno apareció por evolución de otros, algo esencial en mi existencia debido a mi constancia en mantener y cuidar mi propio equilibrio.

Pero, sin saber por qué, a lo largo de su propia evolución, está atentando indiscriminadamente sobre el resto de las estructuras de forma agresiva, desproporcionada e irrespetuosa. Ya que su existencia está sujeta a ese equilibrio entre los diferentes organismos, a veces, me pregunto si este ser ha perdido el control o si es una mutación vírica que atenta contra las formaciones más inmunodeprimidas

con el fin de llevarme a la muerte.

Yo, como cuerpo celeste y sujeto a unas estructuras mayores con las que coexisto, no puedo permitirme desaparecer, por aquella percepción del respeto que expliqué en mi breve presentación y la implicación de mis actos sobre los demás.

Ya he pasado por situaciones muy complicadas por sus acciones infecciosas, aunque las he podido subsanar. Pero desde hace ya unos años, este patógeno se autodefinió por sus actos como virus y, concretamente, desde que se reorganizó en lo que ellos llaman «La Industrialización», las infecciones me están agotando.

Lleva décadas atentando contra mi tejido epitelial con millones de incendios y talando de forma indiscriminada mi piel, están cambiando y redireccionando el sentido de los flujos de mis venas y arterias a su antojo, a su propio interés. Está destruyendo mi sistema respiratorio y sus acciones repercuten en la simbiosis y existencia de otras células que habitan en mí, llevándolas a la extinción.

Me ha causado tanto daño que mi propia capacidad como organismo me está perjudicando, y os explico: estoy tan deteriorado que mi propio Sistema inmu-

nológico ya no reconoce con claridad qué células son malas o buenas...

Este sistema tan deteriorado está perdiendo su capacidad de termorregulación que protegía las alteraciones en mi piel provocadas por tanta desforestación, calentándome fácilmente y derritiendo lo que me mantiene en equilibrio... y toda mi red respiratoria lo está sufriendo.

Concretamente, este pasado año, una gran cantidad de mi capacidad pulmonar, llamada Amazonas, se vio afectada. No podría decirte si fue directamente propiciada por este virus o si ya carezco de homeostasis por sus repetidas acciones destructivas.

Lo que si tengo muy claro es que estoy débil y me ahogo.

Como os dije al principio, ya tengo unos añitos, pero os puedo asegurar que soy muy joven y que valoro mucho la vida, la mía y la de los cuerpos con los que coexistó. Y es esta la razón por la que he decidido defenderme, porque es él, o soy yo y todos los demás.

He creado una serie de anticuerpos y los he ido desarrollando de forma esporádica con el fin de no llegar a una batalla infernal. Lo he tratado con inundaciones y cambios climáticos con el

propósito de hacerle daño y poder deteriorarlo, porque, al fin y al cabo, quiero que coexista con los millones de especies que constituyen mi organismo.

Sé que puede dar mucho de él, por sus capacidades y por el tiempo que lleva ya dentro de mí, pero será su última oportunidad.

He sido muy considerado con él durante toda esta coexistencia, pero cada vez es más agresivo y mi sistema inmunológico ha tomado la determinación de actuar, porque por mucho que mis sentimientos basados en millones de años conviviendo con él se aferren a ser permisivo, ya como ente vivo, en mí prevalece el gen de la supervivencia. Y este me hace sobrevivir por encima de mis propias decisiones.

En mi interior se ha creado un agresivo anticuerpo que está dispuesto a luchar e invadir todos sus sistemas, los mismos que él está destruyendo en mi interior, con una agresividad anteriormente no vista y que acabará deteriorándolo de tal forma, que su debilidad lo forzará a convivir de forma responsable, razonable e inteligente.

La primera estrategia será aislarlo, desprenderlo de la libertad y de uno de sus

mayores valores: la socialización y convivencia. Justamente de lo que él está privando a todos los demás.

De momento... Su única arma será el confinamiento.

15. EL MUNDO DE LOS SUEÑOS

BELÉN BARRERA CAMPOS (*PILAS*)

Categoría Adulto

LLEVÁBAMOS ENCERRADOS concretamente veinticuatro días y nos quedaban por delante otros veinte más, así que decidí ponerme a hacer lo que más me entretenía: dibujar. En estos días no había dibujado casi nada, estaba estudiando duro para no prestar atención a lo que me rodeaba, intentaba mantener la mente fuera de la contemplación de lo que pensaba en ese momento. Todos en casa estábamos intentando mantenernos ocupados, mi madre cosía, mi padre veía la televisión o miraba el móvil atendiendo mensajes de grupos de *WhatsApp*, y mi hermana se estaba poniendo al día con todas las series de *Netflix* y actualizando su perfil de *Instagram*.

Las horas de las comidas eran ya una especie de punto de conexión en esta casa, pues, a pesar de estar encerrados, in-

tentábamos no agobiarnos los unos a los otros y así evitar posibles conflictos de convivencia familiar.

Subí al segundo salón, en la segunda planta de la casa, allí suelo pasar el noventa por ciento de mi tiempo en esta cuarentena. Cogí mis pasteles, un lienzo y mis acuarelas. Coloqué el lienzo enfrente de mí, apoyado en la barandilla que evita que nos caigamos escaleras abajo y me senté en el suelo. Me puse a escuchar música y comencé a trazar líneas con un lápiz de grafito amarillo y negro. Después de terminar con el lápiz, obtuve una especie de retrato de una chica, sin color, en blanco y negro, apoyada en una mesa con una taza en la mano, vestida con una sudadera y el pelo ondulado y echado hacia un lado. Su mirada era al infinito, como si estuviera pensando.

Comencé a pintar encima del cuadro hecho a carboncillo. Le di color a su pelo, en un tono rubio. Su sudadera era azul y sus ojos marrones, los labios rosados, al igual que sus mejillas. El fondo lo pinté de un tenue color lima, no muy llamativo, pues la piel de la chica la recreé clara. Estaba apoyada en una barandilla de color gris a la que le di un par de puntos de brillo para que pareciera que

era plateada y metaliza. Cuando terminé, estampé mi firma como en todas mis pequeñas obras.

La contemplaba, era la primera vez que recreaba una imagen realista de una persona con las proporciones bien medidas, sin nada raro. Estaba en paz, como ella, y pensé: ojalá pudiera estar así de tranquila. Después me percaté de la estupidez que dije, en teoría estaba tranquila dentro de casa, aunque por fuera existiera una pandemia y no pudiéramos hacer nada al respecto más que estar dentro de casa.

Fue justo cuando estaba repasando todo lo que tenía que hacer para seguir sobrellevando esta situación de confinamiento, cuando oí un sonido, apenas un susurro, de lo que me pareció ser el mar. Pensé que era imposible, vivo en medio de un pueblo y la playa más próxima estaba a cincuenta kilómetros. Creía que era mi mente vagando por los recuerdos y afectada por tantos días de encierro. Sacudí la cabeza, como si así pudiera quitarme ese sonido de mis oídos, pero lo volví a escuchar esta vez con un poco más de nitidez y desde un punto concreto de la sala.

Debía estar loca o delirando, ese

sonido que reconocían mis tímpanos provenía de un cuadro, uno de los primeros paisajes que pinté cuando una serie me cautivó desde el inicio y me inspiró, un cuadro en el cual un barco vikingo surcaba las aguas feroces en un día soleado.

Pero había algo en el mar que dibujé y pinté tiempo atrás, pude observar que, a pesar del sonido ondeante de las olas, había una zona más oscura. Pude divisar una especie de cara horripilante. Y me asusté, di un brinco y un paso atrás. Luego pensé que eran las espumas dibujadas y mi mente atormentada por el estrés las que me hacían desvariar.

No podía estar más equivocada, esa figura se movió, ya no solo veía su cara, también sus brazos, o algo parecido a estos, pero con garras en vez de dedos. Fui retrocediendo hasta tropezarme y caer. Caí en un material frío y noté una presencia a mi lado, cerré los ojos en señal de miedo.

—¿Estás bien? —me preguntó una voz femenina que no lograba reconocer, aterciopelada y calmada.

Yo afirmé una vez que abrí los ojos y me inspeccioné a mí misma, después inspeccioné el lugar. Ya no estaba en mi casa, sino en otra casa, una blanca y

que se situaba en una playa de arena clara, junto a un mar calmado y cristalino. Cuando miré a la chica, no me lo creía, era ella, la chica de mi cuadro, con el pelo dorado y ondulado, con una sudadera azul.

Le pregunté que dónde estaba y ella me respondió riendo, como si fuera muy obvio, que estaba en el mundo de los sueños, en concreto de los míos propios, donde se reflejaba todo lo que yo imaginaba y quería conseguir en la vida. Yo no sabía qué pensar, estaba desconcertada y algo mareada por la información recibida. Me miraba paciente, esperaba que lo procesara para después halagar mi aspecto. Me dijo su nombre, Ana, mientras me levantaba y me dispuse a contemplar el mar.

Vi una especie de tormenta de la cual emanaban figuras oscuras y de una sustancia espesa, Ana las llamaba pesadillas, mis pesadillas. Me explicó que atacaban todos mis sueños para destruirlos y, con ellos, mi alegría y mis ganas de seguir adelante. Comentándome esto, me entregó un objeto hecho de un material parecido al cristal.

—Es tu esperanza —dijo—. Es lo que las mantiene a raya. Nunca la pierdas.

Tras esas palabras, y como si fuera

un sueño, desperté en medio del salón creyendo que todo aquello era mentira, hasta que volví a ver el cuadro de la chica con una manzana cristalina en las manos y una sonrisa en el rostro. Para que nunca olvide seguir teniendo esperanza.

16. ESTADO DE ALARMA

SOLEDAD RODRÍGUEZ QUINTERO (*PILAS*)

Categoría Adulto

2/11/21

ESCRIBO ESTAS LÍNEAS con la esperanza de que una nueva evolución de la raza humana haya podido crear una nueva civilización. Si estás leyendo estas palabras es porque lo hemos logrado.

Una pandemia global convertida en un enemigo común, llamado «COVID-19», dejó el mundo devastado. El COVID-19 es un virus originario de China que ha ido expandiéndose y acabando con millones de personas en el mundo. Ningún país se ha librado de él. Se activó el estado de alarma en todos, confinando a los ciudadanos en sus hogares sin posibilidad alguna de salir salvo para cosas esenciales. Al principio se llevó con normalidad, pero pronto dejó de serlo. El planeta tomó las riendas de la vida, la vegetación abundaba en las calles y los

animales tenían el control de la circulación pasados ocho meses de pandemia. El mundo, tras ser azotado por la enorme crisis económica, llevó a los países a entrar en una III Guerra Mundial fría. Las bajas no eran causadas por espadas o balas, sino por un enemigo invisible al ojo humano, un virus letal.

El pánico y el miedo se extendió más rápido que el propio virus, la gente arrasó con los supermercados, la delincuencia aumentó, ya no solo morían personas por la enfermedad, sino por asesinatos, de hambre y otras enfermedades, cuyos medicamentos para tratarla se habían convertido en el oro de una mina tapiada.

Los altos cargos abandonaron los países creyendo que podían escapar, tal vez se han salvado de la violencia que se ha apoderado de las calles, pero el abastecimiento de alimentos tendrá fecha de caducidad y, por si eso fuera poco, no contaban con que el virus no tiene fronteras y también acabaría expandiéndose por allí. El estado de alarma se había convertido en un apocalipsis. Muchos, como nosotros, permanecemos en el sótano. Somos cuatro, tenemos agua y comida para tres semanas más, hemos con-

seguido un arma del cuerpo de un policía fallecido por el virus, solo la usamos cuando vamos a buscar comida. María, mi compañera de piso, ha pasado el COVID-19 sin problemas, sin embargo, mi novio González y mi hermana Nazaret aún no lo han pasado. Yo sí lo he cogido, pero apenas siento síntomas. Vivir en una tensión así va a acabar con mi salud mental antes que el virus acabe con mis pulmones. No duermo por las noches, cuando la oscuridad llega, el silencio aterrador hace que los gritos en las calles se oigan como tributo a la hora de la muerte. Hace mucho que no hay electricidad y nos las apañamos con velas, no tenemos comunicación con nuestros familiares, no sabemos si están vivos o muertos, como nosotros dentro de poco. No sé cuándo acabará esto, pero el libre albedrío descontrolado hace de un mundo civilizado un mundo sin ley. Intentamos planear las salidas y organizarnos para buscar víveres. Cada salida es un campo de batalla, quedarán los más fuertes, nuestro instinto de supervivencia lo estamos poniendo en práctica.

25/11/21

Se escucha por la radio que han

encontrado un fármaco para acabar con el COVID-19, lo están probando con animales en una nave militar altamente protegida. Esta historia ya la habíamos escuchado a finales del 2020, pero el fármaco lo que hizo fue adormilar al virus y que despertase días más tarde. Yo aún lo tengo, he presentado síntomas como fiebre y cansancio, intento dormir alejada de los que me rodean, se me hace duro no abrazarlos, pero no puedo arriesgarme a perderlos, son mis pilares aquí.

María y Nazaret se entretienen jugando a las cartas, mientras mi novio, alejado de mí, me lanza todos los días la pelota para jugar, es lo que podemos hacer para que se pase rápido el tiempo.

28/11/21

Ya me encuentro mejor, durante unos días creía que me moría, pero estoy bien. Cada vez hay menos personas por el pueblo, algunos solo buscan lo mismo que nosotros y van en son de paz, pero sin bajar la guardia. Quizá lo peor ya ha pasado.

12/12/21

González y yo hemos ido hoy a buscar comida y leña, mientras María y

Nazaret se han quedado protegiendo el sótano. Hemos cazado un conejo, no es la comida preferida de mi hermana, pero le servirá.

25/12/21

Los científicos han dado con la cura absoluta y el miedo en las calles ha desaparecido. Parece que hay esperanza.

...

—¿Crees que tendrá valor alguno este diario? Estaba enterrado aquí, justo debajo de nuestra casa.

—No lo creo, Cristina. Eso ya pasó hace 70 años, será mejor que no se vuelvan a levantar las cenizas del pasado ahora que está todo bien. Fue una época negra en la historia del mundo.

—¿Seguirán vivos? Le faltan muchísimas hojas y no pone nada más, ni siquiera el final, solo el nombre: *Soledad R.* en una esquina.

—Quién sabe, puede que sea alguna anciana del barrio o alguien que ya no está entre nosotros.

17. INCLUSO EN EL CONFINAMIENTO HAY COSAS BUENAS

ANDRÉ MEJÍA OROYA (PERÚ)

Categoría Adulto

DESDE QUE SE INICIÓ el confinamiento todo ha ido para bien, tuve la suerte de que mis últimos pagos se aplazaran y recibiera mi sueldo íntegro para afrontar la crisis ocasionada por esta nueva pandemia. Y no solo eso, el mes anterior gané más dinero que en toda mi vida laboral. ¿No es eso suficiente para saltar con un pie? Mamá, por su parte, se sintió más aliviada cuando recibí el segundo pago en pleno confinamiento y ya sin trabajar. Se notó, se notó y mucho. Aquella expresión de tranquilidad en su semblante, como de haberse quitado un peso de encima, me hizo sentir bien incluso a mí. Comida no nos faltará y los servicios básicos están cubiertos.

Desde hace unos días también noté algo distinto en la casa, la voz de mi

sobrino rompiendo a carcajadas ya forma parte de nuestra rutina diaria y con ella las risas de sus papás mientras juegan revoloteando por su habitación. Es algo que me hace feliz. Sé que suena simple, pero una niña de ocho, diré nueve años, que se desvive por los demás, merece todo eso y más. Es la primera vez que mi familia pasa tanto tiempo junta, la última vez fue cuando mis hermanas y yo apenas éramos unos niños y recorríamos la casa de mi abuela a paso de tranvía, con el «*tutú*» a viva voz. Recuerdo que formábamos tanta bulla que uno de mis tíos nos envió a la segunda planta a jugar, con la mala fortuna de que, ya arriba, corríamos y saltábamos sobre la habitación de otro de mis tíos que acabó refunfuñando porque no le dejábamos dormir la siesta y terminó ordenándonos que volviéramos a bajar porque armábamos demasiada bulla (para variar). Creo que fue entonces cuando comprendí el motivo por el que mis tíos no tuvieran hijos. ¿Quién tiene ganas de aguantarlos a la hora de la siesta? Solo es una suposición, pero podría ser una buena razón, ¿cierto?

Otra de las cosas que han ido bien desde el inicio del confinamiento es que he enfermado menos y enfermar menos

es bueno, tanto aquí, en Perú, como en China. Aunque supongo que esa no es una buena analogía en estos momentos. Mi abuela solía decirme que lograría cualquier cosa que me propusiera, pero que siempre, siempre, tendría que cuidar de mi ansiada salud y es que, para mi familia, tampoco ha sido fácil. Imagino que para ellos debe ser como si se les cayera el mundo encima mientras son testigos de cómo alguien a quien aman sufre dolores insoportables sin que puedan hacer nada para remediarlo. Porque no pueden. Lo sé de primera mano.

Cuando acabe el confinamiento me he prometido salir. Sí. Saldré. Saldré con mi silla de ruedas, impulsada por el cariño de mi hermana y su esposo; con mi madre, que minutos antes, con sus agotadas fuerzas consiguió que me vea guapo (al menos ante su afectuosa mirada) y que, como de costumbre, nos advertirá que tengamos cuidado y cerrará la puerta mientras nos ve marchar.

Tal vez nadie en el mundo estuvo preparado para afrontar un problema así, tal vez nunca lo estemos. Tal vez pude afrontarlo mejor al inicio, pero nada puede quitarme la tranquilidad de saber que estamos juntos y a salvo.

18. JAQUE MATE

MARY PAZ VALLADARES PÉREZ (*PILAS*)

Categoría Adulto

ME PILLA todo esto de sorpresa, con miles de planes e ilusiones programadas; arreglada para un acto de Cuaresma; con una llamada perdida que pensaba contestar más tarde, cuando estuviera tranquila; con mucho trabajo y sin miedo a tener más; con ganas de marzo, por todo lo bonito que me tenía preparado; deseando el buen tiempo y vivir detalles que alimentan mi alma; pero sé que no es a mí nada más, no soy la única.

En pleno estado de alarma me quedo sin trabajo y descubro, cara a cara, la dureza de ser autónoma. Apenas hay respuestas para el aluvión de preguntas que formula mi ignorante mente contable. Sola en casa, en esta casa a la que me mudé por trabajo y de la que ahora me da miedo salir, no vaya a ser portadora y contagie. Me arriesgo cada quince días para

ir al supermercado y llenar mi despensa de productos que antes ni veía en las estanterías, cocino, rezo, leo, escribo, hago croché y cargo dos veces al día el móvil de tantas videollamadas y búsquedas de noticias que anuncien algo bueno; pero sé que tampoco soy única en esto, hay más gente que hace lo mismo que yo.

Y es que, ahora, se acabaron las exclusividades, se acabó el «querer ser», el «imitar a». Nadie es distinto a nadie, el virus nos ha igualado a todos en un único paso, y tú eres como eres y no lo que tienes, ahora tengo lo mismo que tú y tienes lo mismo que yo. Lo que sí nos hace diferentes es la manera de aceptar este movimiento que nos lanza un bumerán proveniente de un mismo destino y que impacta en su objetivo, nuestras manos, obligatoriamente, aunque sin tiempo limitado de regreso al punto de origen. Ese tiempo tampoco nos hace distinto, sí la manera de tenerlo y mantenerlo. Nos viene bien a las creyentes frases aprendidas de memoria y que, a veces, no entiendes hasta que, como Tomás, metes las manos en las llagas, ves y crees... «*abraza tu cruz y sígueme*». Crees, aceptas, te resignas, y aprendes a ser feliz con la esperanza de una vida nueva.

Me informo lo justo y de las fuentes justas. Sigo las recomendaciones a pies juntillas de aquellos que saben de todo, hasta de equívocos, y no es por miedo sino por coherencia. Tengo grabado a fuego en el subconsciente eso de «*juntos lo conseguiremos*» y no quiero ser yo la causante de un trágico desenlace. Dicen que es importante establecer una rutina, supongo para no dar espacio a la desesperación. He improvisado un despacho en la cocina del que no suelo salir durante toda la mañana y, al desconectar el ordenador, hay días que hasta yo misma dudo de si recibiré un salario por el trabajo realizado. También he creado un solárium en la azotea, donde paso largas horas los días de sol, aprovecho para leer o escuchar música. Dependiendo del estado de ánimo, elijo un álbum u otro de mi admirado Alejandro Sanz, son tantos años siguiendo su música que sé qué tema elegir para bailar, cantar, dar voces, reír, y, por qué no, penar. A lo largo del día hay un ratito de cada estado y todos hay que cubrirlos. La casa no es muy grande, pero sí es alta, tiene cuatro escaleras donde he instalado el gimnasio y, aunque poco, algo de cardio se hace.

De repente, a las 19.50 horas sue-

na la alarma, la puse el día que olvidé salir al aplauso colectivo por poner una lavadora. Más que un acto solidario, se ha convertido en la vida social directamente. Las vecinas son ahora mis nuevas mejores amigas. Ducha, cena, película y un rato de sofá donde invento el entretenimiento de mañana. Soy organizadora de eventos y no tengo la mente acostumbrada a una vida sin actos. Es cierto que ahora cuesta crearlos, pero todo es posible. Improviso vídeos, en los que cuento algo, siempre positivo. Sé bien que la finalidad de un evento siempre es un logro. Me grabo con disfraces del fondo de armario y los envío a mi familia y amigas, a quienes amenazo con dejar de hablar si los reenvían, participo en todos los concursos y retos que proponen por las redes y, cuando no, los creo yo.

Me gustan las redes sociales, no solo como medio de vida, sino como medio de salvación. Estoy acostumbrada a trabajar con ellas, a utilizarlas para comunicar algo, para obtener información y luego difundirla, incluso para encontrar trabajo, pero no más. Nunca hablé ni acepté amistad de desconocidos. Otra de las cualidades desaparecidas: la confianza en el otro. Yo la perdí el mismo día que

hice biográfica la canción «*Corazón Partío*». Pero ahora, con el bumerán entre las manos, noto pegada una «*tirita*» en la parte inferior, coincidiendo con el mensaje de un guapetón de barba y gafas. La de antes del confinamiento hubiera apretado el botón de «*cancelar*» sin pensar en nada más, pero la de ahora decide dar una oportunidad a alguien que seguro tiene algo que aportar a estas alturas, donde ya he oído y valorado las opiniones de los conocidos y no me quedo con casi ninguna.

Como conclusión, he decidido atarme a las ideas que suman a mi vida; huir de las que solo provocan miedos y negatividad; dar las oportunidades que pido, la misma confianza que solicito; abrir la cancela de mi mente y de mi barrio para que puedan entrar los de fuera; dejarme contar y no contagiar por las personas; no tener miedo sino responsabilidad; abrazar mi propia cruz y hacer de Cirineo con la cruz de quien no puede; definirme sin adornos, mejor con hechos demostrables; esperar al mañana una vez exprimido el hoy. He decidido alejar al rey para salvarlo de ese «*jaque mate*» y pienso detenidamente el movimiento adecuado antes de devolver este bumerán que llegó a mis manos.

En cuanto al guapetón de barbas y gafas, ya os contaré con detalles esta noche...

19. LAS HORMIGAS

CELIA PABLOS RODRÍGUEZ (*PILAS*)

Categoría Adulto

APENAS ERAN LAS SEIS de la tarde cuando la pequeña Lucía correteaba por el parque con su padre. Hacía una preciosa tarde de primavera y Pedro decidió dar un paseo para enseñarle a su hija las maravillas de la naturaleza. Tras haber visto los abetos y las rosas, decidieron tomar la merienda en uno de los bancos del parque, ya que habían preparado unas deliciosas magdalenas. Lucía solo tenía seis años y era bastante curiosa, pero aquel día ni las flores ni los majestuosos árboles le llamaron la atención tanto como la fila de hormigas que vio bajo el banco. Apresuradamente, tiró del brazo de su padre.

—¡Mira, papá! Son las mismas hormigas que aparecieron en casa cuando se me cayó aquel trozo de pan al suelo. Cuando volví al jardín había cientos de hormigas alrededor —dijo Lucía mien-

tras las señalaba.

—Sí, hija, las hormigas siempre han estado en todas partes, son insectos que aguantan cualquier situación. —Lucía dejó de comer su magdalena para acercarse a ellas—. Son muy inteligentes y prefieren trabajar en grupo, han estado siempre unidas y eso tiene su historia.

—¿Qué pasó con ellas, papá?

—Te lo contaré siempre y cuando te comas la magdalena, pequeña. —Tras decir esto, Lucía cogió su merienda y escuchó a su padre con mucha atención.

—Hace muchísimos años, las hormigas vivían en cuatro reinos aislados y diferentes, pero ocurrió algo que cambió su modo de vivir para siempre. —Pedro recogió los restos de la merienda—. Y ahora que has terminado, te seguiré contando la historia mientras recorremos la ciudad.

Padre e hija salieron del parque y al poco rato llegaron al centro. Pasaron cerca de un salón de belleza y, repentinamente, Pedro se paró para continuar la historia.

—El Primer Reino lo componían las llamadas «*Hormigas de la Belleza*». En este reino, todas se preocupaban de una misma cosa: la imagen que transmi-

tían. Estas hormigas eran superficiales, querían ser las más bellas de todos los reinos y prestaban mucha atención a su apariencia.

Siguieron andando y al doblar la esquina encontraron un bar repleto de gente que reía y brindaba.

—Luego estaba el «*Reino Social*»; en él, todo se centraba en la popularidad de las hormigas. Todas querían ser famosas, conocer a mucha gente, salir y tener tantos amigos como fuera posible; estaban siempre de fiesta.

La pequeña comenzó a reírse. Lucía y Pedro siguieron caminando por la ciudad. Durante ese tiempo, Pedro permaneció callado esperando la reacción de su pequeña.

—Papá, este es el camino que cogemos cada mañana para ir al colegio, ¿no?

—Exacto, hija. El Tercer Reino se llamaba el «*Académico*». En él, las hormiguitas se formaban para su futuro y allí decidían en qué trabajarían de mayores. Aquí las hormigas se esforzaban por conseguir su sueño en los próximos años. — En ese momento pasaron junto a la puerta del colegio de Lucía y ambos sonrieron.

—Papá, aún nos queda un reino

por visitar —dijo la pequeña contando con sus deditos.

—Para eso tenemos que ir al mercado.

Al entrar allí, encontraron tiendas con productos variados. Pasaron por una frutería, una farmacia, tiendas de ropa y otros comercios.

—Y, por último, el «*Reino Eco*». En él, las hormigas trabajaban para conseguir los productos que cualquier hormiga pudiera necesitar cada día.

—¿Y qué les pasó a esos reinos?

—Un día un oso hormiguero se escapó del bosque para buscar hormigas para comer, llegó a la ciudad y arrasó con muchas hormigas que estaban fuera. La noticia corrió entre las hormigas y, aterrorizadas, decidieron no volver a salir de sus casas, ya que sabían que si lo hacían podían morir e incluso poner en peligro a las demás. Así pues, lo que nunca antes había sucedido ocurrió ese día. Al no poder salir, las hormigas tuvieron mucho tiempo para reflexionar sobre sus vidas. Las del Reino de la Belleza ya no podían lucir sus mejores galas, ya que nadie las iba a ver, y se dieron cuenta de que no todo giraba alrededor de la apariencia. Las Hormigas Sociales dejaron de verse

con sus amigos y familia, y no fue hasta ese momento que empezaron a valorar su compañía y su cariño y no solo los sitios a donde iban. Las Académicas se frustraron, pues vieron sus metas arruinadas; sin sus maestros y compañeros, no aprendían cosas nuevas y su futuro soñado tardaría en llegar. Finalmente, las Eco se entristecieron, pues vieron sus negocios cerrados y no tenían recursos para abastecerse.

Llegó el atardecer y, con él, Pedro y Lucía llegaron al fin a casa. Ambos se lavaron bien las manos y se sentaron en el sofá. Allí terminaron la historia.

—Al ver que todas las hormigas estaban en casa, el oso hormiguero decidió irse al bosque para no volver, pues comprobó que no tenía nada que hacer en la ciudad. Una vez a salvo, todas las hormigas lo celebraron uniendo todos los reinos en uno, formando lo que hoy llamamos «*colonia*», y, desde ese día, todas trabajan juntas, ayudándose unas a otras y valorando en todo momento lo verdaderamente importante en la vida: la salud, los seres queridos, la educación y el mercado. Y ahora, hija, dejémosles un trozo de pan a esas hormiguitas en el jardín, las visitaremos mañana.

Tras terminar la historia, se pusie-

ron a cenar en el salón. Estaban agotados, pues habían recorrido la ciudad. Cuando terminaron, Pedro le dio un beso de buenas noches a su hija y se fue a su habitación. Sobre la mesita de noche había un jarrón lleno de flores y varios marcos con fotos. En uno de ellos se podía ver a una pareja de ancianos y, en el otro, una mujer con pelo largo y rubio sujetando a la pequeña Lucía en brazos. Pedro miraba con anhelo esas fotos cada noche, sin poder evitar derramar alguna lágrima al recordar cómo la lucha y la unión de una civilización pudieron superar al terrible oso hormiguero que acechaba las calles de aquel año 2020.

20. LOIS LANE CAE DESDE LO MÁS ALTO DEL EDIFICIO

WALDEN (NOVELDA)

Categoría Adulto

NOS HEMOS CONFINADO y, con nosotros, los sueños, los planes, los viajes, los proyectos... Todos confinados, en arresto domiciliario por culpa de este virus viajero que ha cogido el portante desde la China para apoltronarse en nuestra salud, que se ha esfumado por la ventana... Este ser con ínfulas de conocer mundo resulta demasiado *Phileas Fogg* para mi gusto. Tendría que haberse quedado como *Oblomov*, tendido sobre el sofá, ocioso, mano sobre mano y con una enorme pereza para ir conquistando cuerpos, lastrando pulmones y cultivando fallos multiorgánicos que nadie le había pedido, pero que él (con toda su parentela) se ha empeñado en presentarnos.

Pues sí, yo quería un virus *Oblomov*, pero no, nos tocó el que da la vuelta

al mundo en 80 días y 800.000 muertos. Yo quería a *Goncharov*, y no a *Verne* que siempre da en el clavo, aunque sea con siglos de atraso...

Yo no quería acabar reventándome el microbioma cutáneo, desvencijar la piel de las manos a base de tanto gel hidroalcohólico, que siempre encuentra pretextos para que lo vaya desenfundando como un cowboy del lejano oeste: el pomo de una puerta, el botón de un ascensor, el tecleo de la tarjeta en el supermercado y superficies sospechosas que, con tan solo un roce, atormentan esta nueva obsesión y me hacen correr a refugiarme en mi gel. Sí, lo agoto a velocidad de Usain Bolt, nunca parece que tengo bastante y se ha convertido en la puntuación de mis correrías por ese infecto mundo exterior... Se ha convertido en mi tabla de salvación a la que me aferro cuando los soldados invisibles del enemigo asoman tras las trincheras de cualquier objeto dispuestos a dispararme.

Luego llega la mascarilla. Ese aparato mutila caras con el que emborrono mi identidad. Me he pasado al *Apocalipsis nuclear*, y paseo con una semi-máscara con filtros a ambos lados con el que redoblo la seguridad del fuerte. Sí, es

como un foso con cocodrilos impenetrable. Imposible que puedan acceder con este despliegue.

Ahora cuando paseo, lo primero que detecto no es la edad, no es la belleza o la juventud, sino si hay máscara o no y si esa persona me amenaza con su respiración, con sus palabras o con un estornudo que más que nunca conjura todas las miradas recelosas.

Llego y cumplo con mi misión del día. Les transfiero a mis padres por la ventana de su casa los productos que necesitan. Apenas unas palabras y recobro mis bolsas reutilizables ahora vacías y de nuevo a casa. Un trayecto en el que quizá me visite un policía interesado por la razón de mis andanzas.

Una vez en mi hogar, aparco los zapatos en el pasillo de entrada, pues las suelas son presuntas bombas víricas y las sentencio al ostracismo, así, sin juicio, sin abogado que las defienda. Me da igual. Son culpables de un delito de genocidio y yo ejecuto su desahucio de la vivienda.

De inmediato, lavado de manos para asegurarme de que el enemigo invisible se va por el desagüe. Ahora irrumpen los tres niños. —¡Alejaos de las bolsas de la compra! —les insto a que efectúen

un cerco de seguridad, pero las manitas se entrometen en cuanto otean algo goloso. Dura poco el desacato, pues de inmediato cae la sentencia: ¡déjalo donde estaba y lávate las manos!

Sobrevivimos como podemos a este «*The Walking Dead*» que convierte en zombies nuestros pulmones. Somos miles de *Lois Lanes* despeñándose desde lo alto de un rascacielos por culpa de *Lex Luthor*. Y hay un *Superman*, por supuesto, pero somos tantos cayendo desde las cumbres de la gran ciudad que no sé si llegará a tiempo para salvarnos a todos.

21. MEMORIAS DEL DESPERTAR

PAULA CEPEDA CASTIZO (*PILAS*)

Categoría Adulto

DIRÍASE QUE, durante una fúlgida jornada, la idea de tiempo cambió. Un preciso e inopinado instante fue el que marcó la continuidad de un ciclo en el que estamos inmersos, tratándose de un sendero ya recorrido, aunque nuevo en esta realidad. Sumergidos en la más honda oscuridad se recurrió al fulgor de la sugestión, la que define y traza ese camino que inconscientemente han de recorrer por morde su supervivencia sin cuestionar este movimiento circular que nos atrapa en el tiempo. Aunque considérese esta acción, un modelo genérico de masas con el fin de alimentar un pensamiento global para las élites.

Determinantes circunstancias que, a día de hoy acontecen, conllevan una serie de obligaciones dirigidas a una sociedad sumisa y sumida en el terror. Como un

microorganismo que ni siquiera los propios sentidos pueden percibir, se apodera de la mente, contaminando ese volumen rodeado por el propio cráneo, considerándose como una actividad inesperada, pero ya anunciada por la buena literatura. Son los hechos que envuelven el más allá, la superficie de lo que unas élites experimentan en aras de su beneficio.

La mentalidad común avanza en una misma dirección bajo una peligrosa hipnosis, como si de una película de ciencia ficción se tratara. Solo a nivel individual y adentrándonos en el propio mundo interior se podrían llegar a dilucidar situaciones de esta índole. El propio individuo en soledad es capaz de llegar a transitar esta senda con otro fin, en dirección a sus propias metas y no las que vienen marcadas por el bienestar superior.

La vida en sí es pura energía, refiriéndonos a esta realidad compartida. Un dinamismo inmerso en un flujo de vibraciones irregulares. El miedo intencional baja esas frecuencias de vibración, el alimento esencial de aquellos entes supremos. Un ser despierto, rico en ideas, capaz de viajar a través de su mente y reflejarlo a través del cuerpo, aumenta la vibración, una gran arma para sobrevivir

en esta cúpula de paso.

Una situación así es el principio de la continuación de un estado de guerra disimulado, provocando ese miedo y la asignación del poder a un grupo minoritario que se encarga de mantener la jerarquía de las clases sociales. Ante estos hechos, se consigue una limpieza no solo económica, sino de percepción, convirtiéndose en un pretexto para modificar el pasado y tomar el control del presente. El conflicto en sí no es un fin, quizá ni exista, pero la sensación de percepción de un estado bélico es lo que ayuda a camuflar el ser divino que llevamos en nuestro interior, limitando y conduciendo a un colectivo hacia el abismo. Puede sorprender, pero hemos de saber que, a nivel mental, no se está preparado ante una gran adversidad, por esa falta de conocimiento, esa carencia de saber y la falta de interés hacia los mensajes que los grandes literatos redactaron para cada uno de nosotros. Ya nos avisó G. Orwell: «*al final te obligan a vencerte a ti mismo*».

El control de la realidad se hace evidente, ese demonio ideado por M. Bulgákov circula por el entorno encerrando a la humanidad en su propia prisión. Es preciso añadir que ir en contra de este

mar ficticio viene a ser una piel de zapa, con la que la muerte se acerca a gran velocidad, con la diferencia de no vislumbrar los deseos y las pasiones humanas.

Conveniente vendría a ser quedar absorto ante los infortunios y prolongar un estado de ondas alfa para conectarse con la divinidad que habita en nuestro interior. Aceptar, adaptarse y avanzar es el lema de un ser despierto, un ser resplandeciente y extraordinario. Esa luz trasciende hasta en dicha prisión a la que nos someten, siguiendo los pasos del gran Fabrizio descrito por Stendhal, donde un gran Universo se creaba y perduraba en lo más profundo de su ser.

El proceso de creación puede resultar arduo contemplado desde su exterior, pero una buena clave del éxito es liberarse de esas cadenas impuestas a través de fáciles medios como la televisión, que crean máquinas dependientes y carentes de voluntad. Una vez más, Orwell nos enseña cómo esa libertad es esclavitud. Someterse a este oneroso yugo hace que esas fantasiosas verdades sean condicionadas e invadan el inconsciente, reflejando así la actitud que ello conlleva de cara al resto de mortales. Leer un libro requiere esfuerzo, pero garantiza esa

liberación y nos hace fuertes, preparándonos para cualquier tipo de experimentos que las élites quieran llevar a cabo para su diversión. Al final, nos definimos por los libros que leemos, la música que escuchamos, las pinturas que observamos y el entorno que creamos.

Ha llegado el momento de considerar el contraste, creando y puliendo el mundo interior. Como seres creadores, venimos a diseñar un estado deseado. Esto no considera evitar los obstáculos, sino aprender de ellos para evolucionar. Nada es un error, nada es una casualidad, nada es mejor, nada es peor; aunque si hemos de tener en cuenta algún error, el principal es diseñar esta vida como una única realidad. Estamos ante una gran obra de teatro, en la que a veces somos el público y otras los actores e incluso, el director y guionista. Podríamos ejercer el conjunto de estos papeles al mismo tiempo, puesto que, si eludimos alguno, nuestros superiores se encargan de alcanzar ese dominio, y esto es abandonarse en el azar.

Vivir en el amor, sentirnos abundantes y creadores de nuestra vida; considerar los sueños como otra realidad, interpretar las dimensiones y emocionarse en ellas, son los hilos que se hilvanan para

diseñar el Universo que tenemos y que complementamos con el resto, formando la piel de la esperanza. Las experiencias van construyendo la travesía de la ilusión, dibujando la silueta de ese mundo maravilloso que está a nuestro alcance. El sueño de la separación ha terminado, formamos parte de un todo que nos prepara para la reintegración. Nuestros recuerdos quedarán en la memoria de un dulce despertar.

22. SE BUSCA LADRÓN DE PRIMAVERAS

PASTELIÑO (*OURENSE*)

Categoría Adulto

HOY LUCE un sol espléndido. Después de varios días sucesivos lloviendo, casi todo brilla por el efecto de los rayos sobre las superficies, que aún están mojadas. Los días pasan mirando por la que se ha convertido en mi televisión favorita. El programa es siempre el mismo, o parecido, y solo tiene un canal.

«Ya está. Decidido. De hoy no pasa. Ya no aguanto más...». Aquella mañana me había despertado decidida a hablar; llevaba ya demasiado tiempo en silencio.

—Buenos días. Me gustaría denunciar un robo.

—¿Un robo?, ¿De qué se trata?

—Un robo... Una desaparición...

¡Yo, a estas alturas, ya no sé!

—Bueno, señorita, tranquilícese y

comencemos por el principio... A ver, ¿su nombre?

—Abril De Confina Miento

—¿Su edad?

—14 primaveras.

—Bien, entiendo... Entonces, 14 años... ¿Su dirección?

—No, no, tengo 15 años.

—Pero, señorita Abril, usted dijo 14 primaveras...

—Exacto, eso mismo es lo que quiero denunciar.

—Disculpe, pero, no la entiendo...

—Es muy sencillo: deseo denunciar que me robaron una primavera y quiero que me la devuelvan.

—¿Cómo dice?

—Sí, este iba a ser el día de mi decimoquinto aniversario; pero, por muchos años que cumpla, siempre tendré una primavera de menos. Alguien me la debe y no pararé hasta recuperarla, ¡Lo prometo!

Me fui de allí igual que había llegado. La policía aseguraba que no podía ayudarme, pero yo no podía soportar la idea de haber perdido una primavera de mi vida. Estaba harta de escuchar que a los quince años se estaba en la flor de la vida. Y... ¿Cómo iba a estarlo yo, si

alguien o algo se había llevado la que suponía que iba a ser la mejor primavera de mi vida? Solo una idea rondaba constantemente en mi cabeza... No podía dejar de pensar en que tenía 15 años, pero 14 primaveras... «Es injusto».

Sin éxito, tras mi denuncia, comencé a poner carteles por las calles que decían: «*Se busca ladrón de primaveras*», «*Primavera de 2020 desaparecida. Si alguien la encuentra llame a este teléfono*», «*Se busca mes de abril*».

Día tras día, como Sabina, no podía parar de preguntarme, «*¿Quién me ha robado el mes de abril?*».

Mi madre, que no podía soportar verme tan triste, un día me dijo: «*Ven, te voy a dar tu regalo de cumpleaños*». Entonces, con mucho cuidado, abrió un cajón y me dijo: «*Aquí está tu primavera. Tómala es tuya*».

—Pero, mamá... ¡Si está vacío!

«*¿No se supone que las madres siempre saben dónde están todas las cosas?*», pensé para mí. De verdad que no entendía nada.

—Abril enjaulado, tiene pequeños regalos para ti como: días largos con atardeceres rosados desde la ventana, y amaneceres lentos, como despertadores

sin prisa; la compañía de la familia, para la que no solemos tener tiempo; o el verde en nuestra terraza y de las flores de las plantas de interior. También nos agasaja con libros, domingos de cine en la casa, olor a bizcocho, conciertos desde tu habitación, ruido de platos en la cocina, manualidades o talentos ocultos... Pero, lo más importante es que nos regala la ilusión de seguir vivos, capaces, trabajadores, solidarios, cerca de los que están lejos... aunque tú creas que todo está perdido.

Y, después, me dio un cálido abrazo. Fue justo entre sus brazos cuando lo supe: no me había dado cuenta de lo que era la primavera hasta que me la habían quitado. Ahora la entiendo y veo que, ahí fuera, el tiempo no se para. En parte lo pienso y me alegro. Quizá haya perdido una primavera, pero entenderé mejor las siguientes.

Al igual que Sabina en su canción: *«La guardaba en el cajón, donde guardo el corazón»*.

23. TINTA INFECTA

FRANCISCO JAVIER GIL RUIZ (*PILAS*)

Categoría Adulto

LA NOTICIA llegó como el día de un examen para el que no has estudiado; estaba en el aire, se sabía, pero no queríamos verlo. La presidenta del gobierno declaraba el estado de alarma y el confinamiento inmediato en casa. Los primeros días bailaban entre la incertidumbre, los nervios y la rebeldía; me apena, me aterra más bien, decir que a partes iguales. Todo el mundo había visto alguna película, leído un libro o jugado a algún videojuego y, bajo el pretexto de que ninguna criatura sedienta de cerebros iba a amenazar nuestro día a día, dijimos en tono jocoso «*podría ser peor*», tampoco es como para no poder salir. No estábamos preparados para lo que se nos vino encima.

Los primeros cien días parecieron que no iban a terminar nunca. Ante la situación de precariedad de la que

solo unos pocos podían librarse, el estado empezó a dar dinero mensualmente a todas las familias y, cuando esto fue inviable, comida. Los aplausos de las 20:00 se acallaron al día 63, al menos en mi zona. Las videollamadas y las distracciones desde los balcones no tardaron en seguirlos. Los servicios de mensajería y repartos a domicilio, a excepción de los controlados por el gobierno para llevar víveres y demás recursos, se detuvieron al día 83. El gobierno limitó la salida de casa para trabajos únicamente relacionados con la supervivencia. El virus había mutado. No, no había monstruos pululando por nuestras calles, pero la palabra «*asintomático*» perdió su significado. Las mascarillas, atesoradas hasta hacía unos días como oro, ya podían tirarse, de nada servían frente a un enfermo al cual, por cierto, no debía quedarle mucho tiempo de vida. Los servicios de televisión se suprimieron, la información solo llegaba de la mano de comunicados facilitados por coches del ejército provistos de megáfonos. El mundo se había vuelto gris, se había dejado apagar y nadie podía culparle por ello.

 Mi situación no difiere mucho de la del propio mundo. Hoy es mi día 262

de confinamiento. Mí día a día se basa en dos, ahora tres, pilares fundamentales, obviando el comer, claro. El primero, dormir. Quiero ver el tiempo que paso durmiendo como tiempo ganado al confinamiento, pero cada vez puedo dormir menos. Empiezo a tener pesadillas que no me atrevo a contar ahora mismo, lo que me obliga a despertarme, aun cuando no quiero, para dejar de sufrir en sueños y hacerlo solo en la realidad.

El segundo, el deporte. No intento endurecer el vientre en veinte sencillos pasos, ni reducir mi papada para ser la envidia de la playa este verano. Dios sabe si saldré, o si seguiré vivo, en verano. Hago deporte única y exclusivamente para cansarme, además de para matar el tiempo. Mantengo la mente ocupada durante unas horas y me canso, lo que me permite dormir, de forma plácida, unas horas más al día. En resumidas cuentas, me despierto cada mañana para poder volver a dormir con la mayor brevedad posible. Vida es una palabra muy generosa para lo que yo tengo ahora mismo.

En cuanto a la tercera, es la más reciente, y la que empieza a arrojar algo de importancia en mi pseudo-vida ahora mismo. Precisamente tienes ese pilar en

las manos. Este escrito, este intento de diario de Ana Frank, es mi último pilar. Día a día escribo algo, no sé si busco dejar constancia de lo que empezó a principios de 2020, preservar con ello mi cordura o simplemente distraerme, pero, de momento, el papel es el único acompañante que tengo. Me fuerzo a contar los días, a prestar oídos a las noticias de los coches del ejército y, por qué no decirlo, hasta a levantarme de la cama únicamente para poder plasmarlo aquí. Es el día 262 de mi confinamiento y puedo decir que, de momento, mis ánimos decaen más rápido que mi cordura, lo que me gusta tildar como un logro.

Día 321 de confinamiento

La situación se ha complicado. La energía se ha convertido en un bien escaso. Tanto, que ayer se cortó y según informan, no volverá pronto. Con los suministros de la semana, han repartido velas, cerillas y linternas. Hablé demasiado rápido del estado de mi cordura, empiezo a sudar por las noches y a temblar por los días. La luz de la vela parpadea cuando me acerco a ella. Pero sé que eso es imposible.

Día 347 de confinamiento

Hace mucho que dejé de hacer ejercicio. Mi cuerpo no lo soporta ya, me cuesta mantenerme en pie. Apenas consigo escribir este texto, mi tercer, ahora segundo, pilar sin temblar. No. No puedo más.

Es el día 385 de confinamiento

Dormir me parece ya algo tan lejano... Mis demonios y yo empezamos a llegar a un acuerdo: mi cordura a cambio de mi vida, dejándome la suficiente para escribir esto. No me parece mal trato. Tampoco es que me sirva de mucho mi cordura si estoy muerto, ¿no?

Día...No sé qué día es

He dejado de comer, creo que no lo necesito. Solo necesito escribir. Recuerdo cuando comparaba esto con el diario de Ana Frank. Al menos ella tenía un enemigo al que se le puede matar. Yo ya no sé quién o qué es mi enemigo.

Caigo a los infiernos. No, no caigo.

Caer es involuntario, casi forzoso. Yo me adentro en los infiernos, lenta, pero inexorablemente, con una sonrisa. No reconozco mi hogar, no quiero hacerlo, He empezado un viaje que no puedo acabar.

Día... ¿Día? No lo sé.

Hace mucho que quemé el calendario y los relojes. Se reían de mí. Pero no importa. Ya no estoy confinado. He salido, tal vez no por la puerta, pero he salido. El comer, dormir, beber... Ya no es importante. Ni siquiera tú, estúpido diario. Soy libre, a mi manera.

Hoy ha pasado un coche anunciando que el confinamiento acabará en dos días. Oigo a la gente gritar desde sus ventanas, pero me es indiferente. No se puede salir de donde yo estoy encerrado.

24. TÓPICOS LITERARIOS

DOMINGO CRUZ VÁZQUEZ (*PILAS*)

Categoría Adulto

PERIÓDICO Y CULTURA
SUPLEMENTO SEMANAL. AÑO
XLIV. N° 2.288. Sábado, 29 marzo 2070
EDICIÓN ESPECIAL.
50 AÑOS DESPUÉS.

(Viene de la página 3)

—USTED VIVIÓ el inicio de la crisis siendo estudiante. Háblenos de aquellos días.

Nuestro novelista se detiene un momento. Mientras cierra los ojos, en un afán quizá de aprisionar los acontecimientos de un tiempo en fuga, lo observo con la reverencia de quien ha crecido con su obra y, de repente, me asalta la sensación de que acaso sea un personaje surgido de sus propias páginas y con sus palabras adquiriera forma este relato.

—Recuerdo con claridad aquella mañana junto a mis compañeros. La certeza de una noticia no imaginada pocas semanas antes guiaba nuestros pasos, y al finalizar las clases, que se habían desarrollado con la excitación de lo sorprendente, la evidencia se alzó como un viento huracanado y un alborozo similar al que anticipa las vacaciones inundó el patio. El colegio permanecería cerrado hasta nuevo aviso.

—Sin embargo, las primeras impresiones se revelaron distorsionadas. Cuentan las crónicas de entonces que siguieron jornadas de desconcierto, que empezó a morir la gente...

—Qué puedo decirle. El rumor que procedía de los países donde con anterioridad se había extendido el virus era tan funesto y cercano que, paradójicamente, nadie parecía atenderlo. El clima agradable, con la primavera a punto de estallar, invitaba al optimismo y a una fiesta permanente. El *carpe diem* se materializaba en las atestadas terrazas de la ciudad y se reía a carcajadas, lo que no aparentaba signo de inquietud. Pero luego pudimos oír un crujido y todo se precipitó, el torrente se había quebrado y se derrumbaba hacia el abismo. De pronto

muchas vidas fueron ríos desembocando en un mar silencioso.

—*Vita flumen*. ¿Fue tan dramático lo que sucedió?

—Sin duda. Aquel ardor vital se interrumpió de golpe y el silencio se apoderó de un mundo en confuso estado de alarma. Las calles y autopistas quedaron vacías; los restaurantes y comercios cerraron. La cultura —ahora tan imprescindible— fue desactivada. El colapso hundió los sistemas sanitario y económico. Cada persona miraba a la otra con desconfianza y extrañeza. Si te aventurabas a salir, te cruzabas a distancia y sin palabras con héroes o enemigos ocultos tras mascarillas. Las cifras se elevaban a millones de contagiados y fallecidos. De todas las condiciones, de mayor o menor relevancia, no se hacía distinción. El poder igualador de la muerte, tan aceptado en la Edad Media, se mostró sin sutilezas. El *memento mori*, recuerda que morirás, se conjugaba aquellos días en presente.

Pienso en ese inmenso *ubi sunt*, almas que fluyeron perdidas quién sabe adónde, y este periodista advierte que se le había escapado la gravedad de los hechos que estamos conmemorando.

—Y alguna vez ha declarado que

tuvo la convicción, a la manera de un naufrago en su isla desierta, de que el tiempo se hubiera detenido.

—Sí. Qué sentido tenía que el reloj continuara su engañoso juego si las horas no enviaban los ecos al exterior. La sociedad, sumida en un destierro sin fechas, se vio obligada a intensificar lo virtual, pero, al enredarse en su maraña, empezaron a circular historias de control masivo por parte de los gobiernos, «*El Gran Hermano te vigila*» y cosas de ese tipo. La consigna del *#quédateencasa* se había transformado en una velada pérdida de libertad. Yo mismo, inspirado no tanto por el poeta Paul Valery sino por una película de *anime*, plasmé en esos sucedáneos de realidad la expresión *Le vent se lève, il faut tenter de vivre*.

—«¡El viento se levanta! Hay que intentar vivir».

—Así es. Entienda que no era más que un adolescente, pero existía el peligro real de que deviniéramos en seres asociales, de que el encierro se institucionalizara y nos convirtiéramos en «*androides que soñaban con ovejas eléctricas*».

—Todo eso suena a ciencia ficción. ¿Y cómo logró sobrevivir a su propio confinamiento?

Nuestro novelista sonrío de manera imperceptible, como si la pregunta lo trasladara a una etapa esencial de su existencia.

—Intenté abrazar una suerte de espiritualidad, de serena introspección. Me propuse crear mi *locus amoenus* exclusivo. Ya conoce mi devoción por lo escritores místicos. Viene también de aquella época de alumno. Busqué refugio en los libros. En ellos residía mi lugar ameno. Frente a la interminable sucesión de días vacíos, encontré en la lectura *esa escondida senda* que anhelaban los sabios del poema.

—Fue su particular *beatus ille*.

—En efecto. Y también estaba *Ella...*

Me sorprende la alusión. Nuestro autor siempre ha rehusado hablar de ese episodio. No quiero interferir en sus recuerdos. Permanezco callado, con la esperanza de que se desvele lo que en tantas ocasiones la crítica se ha cuestionado, quizá el *leitmotiv* de su obra.

—Era algo mayor que yo. La seguía en secreto en las redes virtuales y me detenía en su imagen con la admiración de quien asiste al nacimiento de una venus ni siquiera soñada. Poseía, sin embargo, la belleza cierta y constante de la

naturaleza. Me enamoré con la sinceridad de la primera vez.

—Fue entonces cuando empezó a escribir...

—Sí, yo quería sorprenderla, un motivo para que se fijara en mí. Tracé en mi cuaderno la descripción de una muchacha ideal.

—La *descriptio puellae* neoplatónica. ¿Y consiguió su objetivo?

—Ella nunca llegó a saberlo. No se le concedió esa oportunidad...

Ismael Rayego se ha desprendido ya de su aureola de personaje de novela y me mira con la cercanía de un ser humano que deseara confesarse.

—¿Ha leído el final de «*Tópicos literarios*»?

Se trata de una pregunta retórica, evidentemente. Miles de lectores se han emocionado con ese relato de fidelidad inquebrantable. Fuera, al igual que sucede siempre en los momentos trascendentes de la ficción, una lluvia primaveral se dispone a entonar su melodía.

—*Amor post mortem...* (me atrevo casi a susurrar).

—Todas las palabras de mis libros son besos dedicados a esa muchacha. La literatura, vencedora frente al

virus, como proyección del amor más allá de la muerte.

25. VOCES DE UN CONFINAMIENTO

MARÍA SOLEDAD DOMÍNGUEZ CAMACHO (*PILAS*)

Categoría Adulto

SOPLARON MALOS VIENTOS que me obligaron a cambiar el rumbo, ver el rostro de la tristeza y sentir su frialdad en mi alma, aunque no fue la primera vez, no me frenaron; dolorosos acontecimientos, junto con los mejores de mi vida, me enseñaron casi todo lo que sé y lo que soy.

Siempre me gustó hacer las cosas muy bien, me preocupaba mucho, no equivocarme o perder, pero hace tiempo entendí que da igual quién tiene razón o se equivoca, trasciende tu elección, cómo quieres vivir tus días y no cómo ni cuándo terminarán, disfrutar de todo el camino, no solo al llegar a la meta, porque aunque ni siquiera lo logres alguna vez, todo lo que experimentas y aprendes no sucede al final, sino durante.

Hubo quien pensó que fracasé en

alguna ocasión, yo nunca lo vi así, porque en la vida no cuentan los fracasos ni los éxitos, solo el alrededor.

Cambiar de rumbo no significa abandonar tu camino, incluso te brinda oportunidades que aparcaste un día, porque no cabían en tu agenda o esperabas otro momento, yo nunca desistí y realmente lo creí.

Volví a retomar mis estudios, ahora estoy matriculada en la Facultad de Ciencias y cuido de mi pequeño, con todo el honor y amor que merecen.

De pequeña miraba aquellos maniquíes de un gran escaparate, estaban desnudos y no tenían pelo, me asustó tanto que me paralizó, cuando miré a mi alrededor estaba sola, como ahora lo están las ciudades, tan vacías, todo quieto, y así el mundo se detuvo para hacernos entender, se paralizó el movimiento de todos los habitantes de la Tierra, el trabajo, las agendas, obligaciones, rutinas, los proyectos, sus sueños y en muchos, hasta sus vidas.

Solo podía pensar, incluso semanas antes de que llegase todo, que debía sacar lo más positivo porque todo cambiaría, debía estar preparada para empezar de nuevo, comprendí muy bien, que

quien vuelve a empezar sabe lo que debe mejorar y apreciar, resulta mucho más fácil cuando lo haces de nuevo, con los preceptos de un viejo sabio, a quien solo le costó la vida aprenderlo.

En este confinamiento, hubo días en los que hicimos de chef, obreros, pintores, profesores, cómicos, cantantes, y hasta escritores...

Somos frágiles, tanto que nos hace comprender la belleza que supone el ser humano, al ser capaz de cometer los actos más horribles, como poner en peligro a todo un planeta, pero a la vez tener la grandeza de enmendarlos y hacer cosas maravillosas, de sacrificar hasta lo máspreciado, por salvar tan solo una vida, es sorprendente, pero lo mejor de todo es su capacidad de perdonar, por eso siempre habrá esperanza.

Fue entonces cuando nacieron nuestros héroes, como sacados de un libro, los *ángeles sin alas*, como también lo son y sin menor importancia, aquellos que nos cuidan y defienden, pero sobre todo esas maravillosas madres, porque ellas crean y forman a todos estos futuros y magníficos profesionales, nuestros sanitarios, fuerzas de defensa, los de transportes, los de limpieza, profesores,

cajeros, dependientes, repartidores, carteros, taxistas y conductores, informadores, cantantes, ganaderos, agricultores, y tantos más que aunque no menciono, no olvido, aquellos que se fueron infravalorando debido al ritmo de vida que regía en todo el mundo, resultaron ser pilares a cuidar y potenciar, porque sin ellos se hizo inviable un futuro, encerrados en casa, aquellos jóvenes que pelearon con sus padres, o no veían futuro, porque tenían muy claro que no se dedicarían al oficio que los mantuvo hasta entonces, por el que sus mayores habían dado toda su vida, ahora entendían sin más palabras, que alguien tan cercano, sin apenas estudios ni carreras en su mayoría, eran tan indispensables, tan grandes, tan importantes, esos seres movían la economía, se ocupaban de todo y quedarse en casa, ahora se valoraba como siempre sentí que debía hacerlo, a pesar de que son días grises, todas las ventajas que supone tener esa obligación y responsabilidad que da mucho más de lo que pide, y ese poco que exige habría provocado tantos miedos y agobios, ahora mostraba con gran sutileza, sus lados positivos y sin más palabras, en un mundo en el que a pesar de parecer quieto, ocurría lo contrario, todos estaban

tan ocupados haciendo lo que les hacía sentir bien, que lo mejor que hacían, fue lo que siempre habían deseado pero no intentaron, con la excusa de un tiempo insuficiente, ya no miran el reloj, y es que el tiempo puede ser muy relativo.

Cuando camines por la calle y alguien pase por tu lado, cómo saber su historia o qué siente, una cosa es segura, sabe que tuvo que volver a empezar, como tú.

Siempre me pregunté por qué a veces cuesta tanto que exista la empatía, por qué no entendemos hasta que nos toca de lleno y cuando se supera, muchas veces se olvida pronto, como Dios ya no es aclamado y el soldado despreciado cuando la guerra ha acabado, a partir de ahora, será menos difícil entender cuánto necesitas a tu perro, cómo agradeces una sonrisa, un hola o adiós, gracias, te quiero, por favor, perdón, cuídate; así como la celebración del año nuevo, el aplauso de las 20h, no se olvidarán.

Porque sí que la Tierra nos devolvió la bofetada, con una inmensa mano invisible, que no dejó indiferente a nadie, ninguno en el mundo podrá decir que no fuimos víctimas de una lección tan grande que demuestra, una vez más, cuánto nos

queda por aprender, o soñar y tan pronto dejar de ser y estar.

Pensamos en cuando todo pase, como en una película trágica esperamos que llegue un bonito final que acabe con toda la angustia, que nos deje apenas una esperanza a los que salgamos con toda nuestra fuerza, aunque claro que de ninguna manera indemnes.

Todo lo que recordábamos no volverá a ser, algunas cosas cambiarán para bien, otras habrá que reinventarlas, todos esperamos ese final, pero yo solo pienso en poder decir cuándo pasó.

BUENOS DÍAS OTRA VEZ 2020.

26. CON SENSATEZ LO CONSEGUIREMOS

ANTONIA GARCÍA CUESTA (*PILAS*)

Categoría Adulto

LA TARDE está gris y escribo para aliviar la soledad. Paso los días haciendo de todo un poco: ordeno, desinfecto hasta el último rincón y, en alguno que otro, se encuentran los recuerdos que guardamos y que ni tan siquiera sabíamos que estaban allí. Algunos alegran y hacen ilusión, otros entristecen, pero todos son precisos y se miran con nostalgia, recordando el pasado que se fue para no volver.

Aunque ya son muchos los años cumplidos, doy gracias a Dios. Mi salud, a día de hoy, es buena, pero a pesar de todo, es en estos momentos cuando la nostalgia de no abrazar a los seres queridos, por lo que está ocurriendo en el mundo, se hace muy difícil, particularmente por los nietos que no entienden muy bien por qué no pueden ver a los abuelos, y se

conforman mutuamente viéndose por videollamadas gracias a la tecnología. Los niños son unos héroes y merecen, cuando termine esta tragedia, ser homenajeados por su comportamiento encerrados en casa, donde los papás juegan un papel importante, haciendo los deberes del colegio con ellos, jugando y enseñándoles a cocinar.

Las calles están completamente vacías. El silencio es descomunal. Solo el canto de los pájaros y el revoloteo de las palomas son en estos momentos música para los oídos. Vuelan sin miedo, en libertad.

Las plantas que adornan el patio de la casa lucen floridas, desprendiendo perfumes y hermosura, con lo que me siento en parte feliz por ver algo positivo. Sin embargo, para la humanidad es todo lo contrario; la catástrofe que ocurre en España y en el mundo nos ha privado de libertad, esa libertad que siempre hemos tenido y que no hemos sabido apreciar ni valorar.

Hacía tiempo que los ríos, los mares y el universo entero se quejaban como una persona dolorida y enferma; sin embargo, la humanidad no quería verlo ni oír sus gritos de angustia, y lo más horrible

es que no se hace nada para aliviar el dolor del planeta.

¿Cuánto tiempo escuchando, pero haciendo oídos sordos, a los científicos, al medio ambiente, incluso viendo en documentales que el planeta se resentía?

Ríos y mares llenos de basura y plásticos, donde los peces mueren sin tabla de salvación.

En tierra, millones de hectáreas arden cada año sin control, muriendo la fauna y la flora. Evitarlo está en la mano del hombre. ¡No sé por qué se destruye todo! Las epidemias, la pobreza y los desastres atmosféricos se han ido contando durante siglos en la historia y muchos los hemos conocido, pero seguimos sin darnos cuenta de que a todos nos duele la enfermedad y el dolor. El planeta también siente el dolor y se defiende en ocasiones con las armas que tiene: el deshielo de la Antártida, los terremotos, las grandes inundaciones etc.

Hay un dicho que dice: «el sol sale para todo el mundo»; esa frase la podríamos emplear para referirnos a que todos nacemos y morimos. Pero no todos nacemos y morimos por igual, ni tampoco vivimos ni tenemos todos lo mismo. Algunos ven salir el sol todos los días

y muchos viven en tinieblas sin llegar a verlo.

Ahora el universo se rebela. Febrero de 2020: se oye la noticia de un virus que ha salido en China, pronto se extiende por Italia; pero como siempre es lejos, no va con nosotros. Y cuando salta la alarma el día 15 de marzo de 2020, ya está este maldito coronavirus extendido por toda España, dejándonos sin libertad y en confinamiento total, excepto sanidad, farmacias y cadena de alimentación. Y, solo por motivo justificado, se puede salir a la calle. Se cierran colegios y universidades; los estudios y trabajos se desarrollan telemáticamente desde casa; las carreteras se cortan con controles para evitar salidas y entradas, imponiendo sanciones. Los supermercados se desmantelan por las compras desmesuradas. Durante días, hay escasez de todo por el miedo a salir de casa. La pandemia siembra el pánico.

A los hospitales llegan miles de personas contagiadas, los sanitarios se ven desbordados y sin material para afrontar tal cantidad de enfermos.

Pero España se une y comienza una batalla descomunal, desde el más humilde haciendo mascarillas, hasta ve-

terinarios que dan los respiradores de sus clínicas para los enfermos. Médicos jubilados y estudiantes de medicina a falta del MIR se ponen a disposición de los sanitarios. Para todos ellos, aplausos desde los balcones dando fuerzas en esta lucha sin freno.

La Semana Santa en casa, pero viviéndola con el corazón. Se cantan saetas a los pasos que salen de balcón a balcón, hechos por los propios vecinos con amor.

Las cifras de contagio en España pasan ya de los 165.000, 17.000 fallecidos y 62.000 curados. A fecha de hoy domingo, 12 de abril de 2020, mueren entre 600 y 800 personas diarias en España. Las ucis de los hospitales se colapsan, dando lugar a hoteles medicalizados, como los hospitales de campaña montados por todos los militares unidos. Cierran las funerarias y los fallecidos son llevados al Palacio del Hielo. Ningún familiar ve ni puede despedirse de sus seres queridos para así evitar el contagio. Entre los fallecidos: médicos, guardias civiles, mozos... entre otros muchos, pero los más afectados son los mayores. Descansen en paz todos.

Gracias a todos. Fuerza y energía para contribuir a terminar con este

maldito virus. Gracias al agricultor, al transportista, al sanitario en general, a los farmacéuticos, chóferes, etc.

Entre todos podremos con la pandemia. Esto es un cachete que nos da el universo. Respetemos el confinamiento, dejemos las críticas. Saldremos de este mal sueño unidos. Vivamos como el gusano, que no piensa que va a morir dentro del capullo y, cuando vuelve a salir, lo hace en forma de mariposa.

Ni siquiera somos dueños de nuestras vidas. Que el poder se utilice para respetar el planeta y tender la mano al que está caído.

Respetemos el confinamiento.

Esto no ha acabado.

Yo me quedo en casa.

27. COVID-19, EL EXPLORADOR

CRUZ CAMARERO (*BURGOS*)

Categoría Adulto

Dedicado a mi nieta Jara.

ACABAS DE CUMPLIR siete meses y ya llevo casi dos sin verte esa carita tan bonita que tienes. No creas que es porque no te quiero ver, ni porque mamá o papá no te traigan a mi casa; es por un motivo especial que tú, hasta que no cumplas unos añitos, no lo vas a entender. Voy a tratar de explicártelo en forma de cuento, pero que sepas que es una historia que ocurrió de verdad.

En un país muy lejano, vivían los virus, unos bichitos muy pequeños, muy pequeños, todos juntos en el interior de la tierra.

Todos se querían mucho y eran muy felices. Pero había uno que se llamaba COVID-19 que tenía ganas de salir de su cueva y quería ser más importante que

los seres humanos, que somos nosotros.

Sus papás y amiguitos le decían:

—Pero, ¿dónde vas a ir con lo bien que estás en casa?

—Yo quiero salir y ser importante como las personas —decía COVID-19.

—¿Dónde vas a vivir si no tienes casa? Te morirás —le decían.

—Como soy tan pequeñín, me meteré dentro de las personas y sabré todo lo que hacen y veré todo el mundo.

Sus papás le dijeron:

—¿No sabes que no puedes vivir en otra parte? Si te metes dentro de las personas, les vas a causar mucho dolor y daño, y quizá, la muerte. Porque pasarás de una a otra y todas se pondrán muy malitas.

—No me importa nada —dijo COVID-19—. Yo voy a salir.

Así lo hizo. El virus explorador cogió su ropa preferida y sus cositas de aseo e hizo las maletas para emprender un viaje por el mundo. Primero se metió dentro de una persona, luego en otra y en otra y, a todas, les dejó muy enfermas. En muy pocos días pasaba de un país a otro y también llegó a Europa, a España, que es nuestro país. Cada vez morían más personas, sobre todo los abuelitos y las abueli-

tas, que eran los más viejecitos y los que menos fuerza tenían para luchar contra este bichito malo.

Para que el COVID-19 no siguiera matando a más personas, todos los jefes de los países dieron una orden: *«Os tenéis que quedar en casa encerrados para que el virus no entre en vuestro cuerpo»*.

Aunque esta decisión no nos gustó mucho, todos hemos obedecido y ya llevamos *«encerrados»* casi dos meses; todo lo que llevo sin verte. Se han muerto muchos abuelitos y abuelitas y papás y mamás de otros niños y niñas. Pero lo más importante es que en todos los países hay personas muy listas que estudian mucho y están empezando a acabar con el virus malo.

Cuando esto pase, que será muy pronto, volveremos a salir a la calle; nos daremos un abrazo fuerte, fuerte, y como tú ya has crecido, yo te llevaré de paseo en tu sillita nueva.

Espero verte pronto y que mamá te dé un beso muy grande de mi parte.

La abuelita Cruz

28. EL CUARTO JINETE

TinaSu (*PILAS*)

Categoría Adulto

EN MARZO, cuando festejábamos el Día de la Mujer, malos augurios se cernían sobre la humanidad. Un virus desconocido, comparable al de la gripe, hizo acto de presencia. Engañoso, traía un peligro descomunal: el contagio rápido y agresivo se expandió creando una epidemia mortal. Venía de Asia y llegó a Europa con la virulencia que generan las masificaciones. La obra de teatro que clausuraba la fiesta se suspendió, dejándonos desconcertadas. Siguieron anulándose las actividades municipales, los almuerzos programados y los viajes. La prensa hablaba de suspender el fútbol, la Semana Santa y hasta la Feria de Abril, lo que eran ya fuerzas mayores, y empecé a temer en serio. No me sorprendió el comunicado del gobierno que declaraba el estado de alarma y el confinamiento; se cerraron los colegios y

quedaron mudas las calles; los bares con las persianas echadas son un lamento. La Cuaresma se ha convertido en cuarentena, quedan prohibidas las reuniones y los desplazamientos por carretera. Parece una inocentada, ha cerrado hasta la Iglesia.

En mi casa se han cambiado las tornas, ahora soy yo la que hace la compra, salgo tempranito por la prensa y el pan de tahona; no me encuentro con nadie, las calles parecen páramos. La mente me lleva a Comala, el pueblo donde hablaban los muertos. No sé lo que tengo. El silencio me espanta. Todo es irreal a mi alrededor. Me siento dentro de un relato que tengo que escribir. En la panadería alguien a un metro de distancia da los buenos días. Mascarillas y guantes tras el mostrador recogen el dinero justo. En el kiosco, Manuel, protegido y asustado, me informa de cómo sube la cifra de muertos. «*Ya van tantos y cuanto*», comenta.

Entierros sin duelos. Yo he tenido dos ausencias esta semana y no he podido despedirlos. Víctimas invisibles, menos para los familiares, se van en silencio abultando las cifras cada día. De esta tragedia solo van a quedar las estadísticas. Hace un año veíamos la segunda parte de la serie que se rodó en Sevilla, *La Peste*, y

es inevitable compararla con lo que estamos viviendo ahora. Aquella Peste Negra del S.XIV fue demoledora, pues no había medios ni remedios. Hoy, con todos los adelantos, estamos igual; no tenemos antídotos para hacer frente a este nuevo virus que pasará a la historia como COVID-19. El caballo bayo, el símbolo de la pestilencia y la muerte del apocalipsis, cabalga de nuevo llevando a su lomo un enemigo invisible difícil de derrotar. Se ha extendido por el mundo y ya tiene carácter de pandemia. Pasaremos dos semanas más confinados. «*Quédate en casa*» sigue siendo la consigna. Se prohíben las romerías y las primeras comuniones. Las iglesias siguen cerradas, un servicio de misas online cubre las necesidades de los fieles. Abren las farmacias, la prensa y los comestibles considerados esenciales. Acatamos las normas con fe.

Empecé con energías la clausura buscando actividades para ocupar las horas. He ido haciendo los deberes habituales: pilates, lecturas, algún relato. Hasta abrí el maletín de pinturas que llevaba tiempo cerrado y encontré tubos de óleos recuperables y pinceles descuidados; decidí dar nueva vida a varios lienzos descartados y me puse a pintar. Un amanecer

en el mar, lo manché con rapidez y lo dejé reposar para que el óleo secara. Estaba contenta y pinté otro lienzo con dos mujeres. Ilusionada sigo manchando y, como ya no soy capaz de parar, rescaté un lienzo destronado que utilizó mi nieta para hacer garabatos de carboncillo. Todo iba viento en popa hasta que me quedé sin aguarrás, ¡qué desconsuelo! ¿Cuándo abrirán las tiendas que tantos servicios nos prestan? Tres cuadros esperan una mano que vuelva a salvarlos.

Una tercera quincena alarga el confinamiento. El desánimo hace mella en mí. ¡Ay, abril!

Tampoco podremos pasear por la Feria del Libro. La única manera de celebrar el día 23 es pasarlo leyendo. Me siento angustiada. Tenemos que aferrarnos a los *WhatsApp* y las videollamadas para sentirnos acompañados por los nuestros.

Las ciudades deshabitadas, portadas de los periódicos, parecen decorados. El coronavirus sigue dejando muertes por donde quiera que pasa.

¡Qué solos se quedan los muertos!

29. NO TODO SERÁ IGUAL DESPUÉS DEL CORONAVIRUS

FRANCISCO SUÁREZ MORA (*PILAS*)

Categoría Adulto

HABRÍA QUE PREGUNTAR por qué esta convulsión general de toda la humanidad, luchando contra un enemigo invisible, que no se sabe por dónde ataca, que está arrastrando a un cataclismo sin precedentes en la historia humana. Repasando la historia de la que tenemos escritos, no encontramos nada parecido. Sabemos de otros cataclismos que han sido originados directamente por el hombre: el hacinamiento de cadáveres en los campos de concentración, en las cámaras de gas, el exterminio radical de un pueblo, de una raza, de una ideología...

En mi poder poseo unas fotografías publicadas en una revista militar americana, a la que pude tener acceso valiéndome de la amistad de la persona que estaba al frente de su custodia. Tuve que

dedicarle tiempo y explicaciones para conseguir que accediese a mis deseos y me entregase las hojas de la referida revista. Le manifesté que nunca diría de dónde las adquirí ni cómo. Aquello no fue un coronavirus, fue peor; el coronavirus no es un ser humano, aquello sí. Era el mal hecho ser, con cuerpo, etc. En aquellos tiempos, no había televisores que nos pusiesen al tanto de lo que estaba ocurriendo. Lo poco o mucho que se sabía, se debía a arriesgados fotoperiodistas que dejaban plasmado el momento, poniendo en peligro sus vidas.

La humanidad, a pesar de tantos horrores, no ha cambiado; si algo hizo, fue mejorar la maquinaria para destruir más rápidamente al ser humano. Muestra de todo ello es la Segunda Guerra Mundial, entre los años 1939 y 1945.

A pesar de todo, podemos darnos un paseo desde 1946 hasta la fecha, y comprobar que la humanidad no ha dejado las guerras. Lo que ocurre es que levantamos la voz cuando nos afecta directamente.

Me decía un amigo, de gran solvencia y conocedor de África, *«aquí estamos tan acostumbrados, que una gripe, más o menos, la damos por algo natural»*.

¿Qué más gripe que no tener ni agua para aseo personal, como para desinfectarse?

Allá por el año 1968 —o tal vez 1969— contemplé, en una noche fría, algo que quedó impregnado en la retina de mis ojos. Por unas circunstancias que no voy a relatar, tuve que ir al Hospital de las Cinco Llagas (hoy Parlamento Andaluz). Serían las tres de la madrugada. Estando frente a su acceso, en el lateral izquierdo, se encontraba una inmensa nave, llena de camas, sin servicios adecuados, tan unidas unas con otras que apenas había espacio para poder moverse. Allí estaban los marginados de la sociedad, los miserables, los que estorbaban, a los que nadie quería. Acercándome a uno de ellos me dijo: «*Aquí ha muerto uno de tu pueblo, hace un ratillo*». El que me acompañaba me dirigió una mirada, alojamos al enfermo que llevábamos, agachamos la cabeza y sin mediar palabra nos volvimos a nuestro pueblo.

Seguramente esos que estaban postrados en cama habían trabajado, habían dejado su piel, su sudor, sus lágrimas para mejorar la sociedad que les había tocado vivir, pero ellos no se beneficiaron de ese bienestar.

De vuelta a nuestro pueblo, co-

mentamos el espectáculo que habíamos presenciado, y la exclamación era: «*Si esto es vivir, ¡mejor no haber nacido!*». Pero no es la solución, algo falla en la humanidad cuando se dan estos casos.

Por aquellas fechas salieron unas sevillanas, cantadas por los *Amigos de Gines*, y una de sus letras decía: «*Tienen frío los mayores que ya van llegando a viejos*». Estas letras me han venido a cuento al saber de los deseos de algunos, que escalofrían de verdad. Pero esto lo voy a comentar en las siguientes líneas.

A los que están en peores condiciones de salud, hay que dejarlos aparte. No se puede gastar ni dinero, ni tiempo; tal vez habría que aligerarles el fin de la vida. Esto se ha dicho en las televisiones y nos hemos quedado tan tranquilos, aplaudiendo en los balcones y esperando que esto termine para poder recomenzar la vida ordinaria, sin aplausos, ni folklores. El consumo volverá a nuestra vida, mientras unos serán más ricos y otros más pobres. Muchos irán a la sepultura, sin nombre, sin que nadie les diga adiós.

Recordemos que allá por los años 1918-1920 hubo otra pandemia (al terminar la Primera Guerra Mundial), en la cual murieron unos 50.000.000 de habitantes,

aunque es muy difícil precisar el número. En aquellas fechas las estadísticas no eran tan precisas como ahora.

La documentación gráfica que hay se puede ver en internet. Muestra una población, como ahora vemos, atemorizada y con mascarillas en las calles. En España, 8.000.000 de afectados y 300.000 muertos.

Cuando todo termine, ocurrirá como ha ocurrido después de las grandes catástrofes que ha sufrido la humanidad, se disolverá la solidaridad de los balcones, se hará palpable día a día. Volveremos al odio, a la explotación ajena, a volver la espalda, o tal vez echemos mano a buscar más allá de las estrellas (como canta Miguel Ríos en su canción, *Himno de la Alegría*).

Estamos en Semana Santa y las procesiones no han podido realizar sus salidas, los pregones han quedado guardados para otros años; quizá las lágrimas hayan corrido por nuestras mejillas. Todo esto puede ser muy bueno si entre los hombres hay más amor, si buscamos más allá de las estrellas lo que hemos olvidado, si pensamos que la ciencia no es un bien absoluto. Un *no sé qué* invisible se ha presentado en la humanidad y ha

paralizado al mundo entero. No, no es el Apocalipsis, pero a partir de ahora en adelante, ni la filosofía, ni la teología, ni la economía, ni sociología, ni psicología, ni las relaciones humanas (incluyendo el mundo del trabajo) serán iguales, pero el centro será el mismo, búscalo más allá de las estrellas; tal vez no haya que ir tan lejos, lo tenemos a nuestro lado.

Recuerda: Parlamento de Andalucía, guerras mundiales, otro coronavirus y muertes.

Esta primera edición del libro
Voces desde el Confinamiento.
29 Composiciones Literarias
se terminó de imprimir en vísperas
del 28 de febrero de 2021, Día de Andalucía.



Voces desde el Confinamiento

29 composiciones literarias

I CERTAMEN
DE RELATO TEMÁTICO

Este es el compendio de veintinueve relatos que participaron en el I Certamen de Relato Temático organizado por el Ayuntamiento de Pilas.

Con esta obra, hemos querido abrir una ventana a los diferentes puntos de vista, emociones y reflexiones que ha generado la situación y el confinamiento generados por el COVID-19.

Ya sea en clave de humor o fantasía, positivos y esperanzadores o una descripción de su vivencia personal; estos relatos son el reflejo de nuestra sociedad en un momento que, sin duda, pasará a la historia.

“Hagamos que este mal guion tenga un buen final, siendo conscientes de que el mundo puede cambiar”.

